

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

# El archivo

Un antiguo colaborador de la MVD rusa ha caído en desgracia y ha sido detenido por sus antiguos camaradas. Pero su mujer ha logrado escapar con su archivo. Ayudada por un amigo, pretende negociar con la MVD la libertad de su esposo, la suya propia y la del amigo que les ayuda, a cambio de los documentos que contiene el archivo.



Lou Carrigan

# El archivo

## Brigitte en acción - 225

## Archivo Secreto - 226

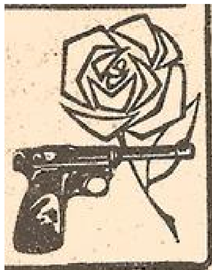
**ePub r1.0**

**Titivillus** 08.10.17

Lou Carrigan, 1976
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

# Brigitte

# EN ACCION



# Capítulo Primero

Doce minutos después de que el avión de la Pan Am procedente en vuelo directo de Nueva York hubiese tomado tierra en una de las pistas del aeropuerto romano de Fiumicino, los primeros pasajeros llegados en dicho vuelo comenzaron a aparecer en el gran vestíbulo, una vez cumplidas las formalidades oficiales para vuelos internacionales.

Dos hombres esperaban en el vestíbulo a uno de los pasajeros. Cambiaron una mirada cuando éstos comenzaron a salir. Luego, volvieron a dedicar toda su atención a la puerta de cristal. Sus miradas se posaban, con indiferencia, en las personas que iban saliendo. Una indiferencia total: las miraban, pero parecían no verlas. Hasta que, de pronto, volvieron a cambiar una mirada.

—Ahí está —susurró uno de ellos.

El otro asintió. También había visto perfectamente a la bellísima pasajera de largos cabellos negros y ojos azules, cuyo equipaje de mano era un maletín rojo con florecillas azules estampadas. Tan sólo por este maletín, la pasajera habría sido identificada. Pero, además, por su belleza resultaba inconfundible. Alrededor de metro setenta, muy bien proporcionada, elegante y discreta, sobria y espectacular a la vez… Ni en un millón de vuelos podía llegar otra pasajera igual. Ni siquiera parecida.

Cuando, sin dejar de caminar, volvió su rostro hacia, los dos hombres, su belleza fue aún más visible para éstos. Los ojos eran tan grandes y tan azules como si, realmente, formasen parte del mismísimo cielo. La boquita era un poco alargada, llena por el centro, sonrosada. En la barbilla tenía un hoyuelo vertical, sencillamente delicioso. Y su piel parecía de oro…

—Si no es ella, me suicido —habló el mismo hombre.

—No creo que tengas que suicidarte. ¿Vamos?

Caminaron hacia la divina pasajera, que ya los estaba mirando,

con expresión un poco sonriente. Al verlos acercarse, se detuvo, pero no demostrando que los esperaba, sino mirando a todos lados, como quien no sabe hacia dónde ir.

Cuando los dos se detuvieron ante ella, volvió a mirarlos, con expresión todavía sonriente, pero un tanto expectante.

—Si busca su camino, nosotros podemos guiarla —dijo uno de los hombres, en inglés.

—Hace mucho tiempo que encontré mi camino —replicó ella, ampliando su sonrisa.

—Y nosotros nos alegramos mucho de ello —sonrió el otro hombre—. Naturalmente, podemos llamarla Baby, ¿verdad?

—Verdad. Hola, Simón. Hola, Simón.

—Bien venida a Italia.

—Gracias. ¿Cuál de ustedes es más viejo?

—Caramba… ¡No creemos ser viejos!

—Pero uno debe ser mayor que el otro, ¿no es así? —rió la recién llegada.

—Ah. Bueno, yo cumplí treinta y cinco hace dos meses…

—Eres un anciano —rió el otro—: Yo voy a cumplir treinta y dos.

—Pues el anciano será Simón I —rió de nuevo la divina criatura —, y el jovencito será Simón II. Y como los jovencitos no deben permitir que los ancianos se cansen, será Simón II quien irá a buscar mi equipaje.

—Inconvenientes de ser joven —sonrió Simón II, tomando la contraseña que le tendía Baby.

—Te esperamos en el coche —dijo Simón I.

Así llegó a Italia, y fue recibida, la señorita Brigitte Montfort, periodista norteamericana famosa en el mundo entero. Pero los dos hombres bautizados con los nombres de Simón I y Simón II no esperaban propiamente a la señorita Montfort. Es más, ni siquiera sabían su nombre, y, si inevitablemente lo sabían por su fama periodística, hacían todo lo posible por ignorarlo. Para ellos, la señorita Montfort era simplemente Baby, la Reina de la CIA, la espía temida por todos los servicios de espionaje, la agente secreto más audaz, peligrosa e implacable jamás nacida.

Poco después, se instalaba en el coche, en el asiento de atrás, junto a Simón I, que le ofreció un cigarrillo, preguntando:

—¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, gracias. Aunque todavía estoy un poco irritada por haber tenido que salir tan precipitadamente de casa. Vino a verme mi jefe, y me dijo… ¿De qué se ríe?

—Perdóneme… Es que me ha hecho gracia eso de que usted diga que tiene un jefe.

—¿Dónde está la gracia?

—Pues… Bueno, todos sabemos que Baby no tiene lo que podría llamarse exactamente un jefe. Todos los agentes de la CIA en todo el mundo sabemos que, cuando usted aparece, ya no hay más jefe. Y se dice que en la Central ya nadie se atreve a darle órdenes, sino… que le hacen amables sugerencias.

—De acuerdo —rió ella—. Pero yo respeto siempre las jerarquías establecidas. Para que las cosas funcionen tiene que haber jefes. Y en mi sector hay un jefe que es quien me hace las… amables sugerencias. Así que vino a verme y me dijo que mi avión para Roma salía dentro de hora y media. Cuando me di cuenta, estaba volando hacia aquí, sin más explicaciones. Pero —el sonriente rostro se ensombreció un instante— tengo la esperanza de que no sea debido a que nos han matado a un Simón.

—No.

—Menos mal… —suspiró ella—. En ese caso, intentaremos solucionar el asunto por las buenas.

—Va a ser un poco difícil atenernos a sus buenas intenciones —susurró Simón I—. Aunque por nosotros no quedará.

—¿Quiénes son los otros?

—Inicialmente, los rusos.

—Oh, los rusos… ¡Buenos muchachos! Espero que no hayan tenido ningún tropiezo con ellos.

—Por el momento, no. Pero tenemos la seguridad de que los rusos están dispuestos a todo.

—Ya… ¿Cuál es el asunto?

—¿Le suena a usted el nombre de Mikulas Czapok?

Brigitte Montfort reflexionó un instante, antes de mover la cabeza negativamente.

—No… no.

—Es checoslovaco. Es un hombre que tuvo no poco que ver en la invasión de Checoslovaquia por parte de los rusos, hace unos años.

Ya hace tiempo que la CIA tiene la seguridad de que Mikulas Czapok está trabajando para los rusos. Como espía, naturalmente.

—Si lo he entendido bien, eso quiere decir que Mikulas Czapok es un checoslovaco que está a las órdenes de la MVD rusa, y que ayudó a los rusos en ciertos detalles para la invasión de Checoslovaquia.

—Sí.

—De donde se desprende que Czapok es un traidor a su patria.

—Checoslovaquia es ahora dos patrias —sonrió torcidamente Simón—. De todos modos, en efecto, Mikulas Czapok fue un traidor a su patria cuando Checoslovaquia era un solo país, pues colaboró con los rusos preparando la invasión de las fuerzas del Pacto de Varsovia, que dieron lugar posteriormente a la escisión. Para los nacionalistas checos, que siempre han querido un solo país, Mikulas Czapok es la representación máxima de la traición… ¿Quiere ver una fotografía de él?

—Naturalmente.

Simón I sacó la fotografía de un bolsillo interior, y se la tendió a la espía internacional, que miró con fría curiosidad el rostro de aquel hombre llamado Mikulas Czapok. Debía tener alrededor de cincuenta años, y su rostro resultaba agradable, atractivo. Tenía ya muchas canas, y en los lados de su boca se veían unos pliegues profundos. Sus ojos eran oscuros, de mirada directa, penetrante… Todo su aspecto general indicaba una inteligencia más que notable.

—Hace unos años —murmuró Simón I— estaba como profesor de Historia en la Universidad de Praga. Después de la escisión de Checoslovaquia, no se tienen noticias muy concretas respecto a sus actividades. Si bien, lógicamente, nosotros pensamos…

—¿Nosotros?

—Quiero decir, la CIA.

—Ah, ya. ¿Qué pensamos nosotros?

—Pensamos que se ha dedicado con mayor intensidad a laborar a favor del servicio secreto ruso. Es un hombre que se ha movido mucho por Europa…, y ha estado tres veces en Estados Unidos, desde entonces.

Brigitte miró vivamente a Simón.

—¿En Estados Unidos? ¿Qué fue a hacer allí?

—Aparentemente, se dedicó a visitar universidades

norteamericanas, con vistas a recopilar datos respecto a la proyección histórica de Checoslovaquia después de la escisión, vista por los estudiantes norteamericanos.

—¡Zambomba…!, como diría un amigo mío, Eso fue una fenomenal audacia por su parte, ¿no?

—Quizá. Pero ya le he dicho que es profesor de Historia, así que su interés no resulta raro.

—Bien… ¿Qué más hizo, aparte de visitar universidades nuestras?

—Nada más.

—¿Nada más?

—Como es lógico, fue vigilado estrechamente desde el mismo momento en que puso los pies en Estados Unidos. Pero todos los informes indican que no hizo nada más. Es decir, que no llevó a cabo encuentros o actividades sospechosas.

—¿Quiénes se encargaron de vigilarlo?

—Nosotros…, y esos entrometidos del FBI.

—Entiendo —sonrió Brigitte—. Lo que no entiendo es por qué sentimos interés ahora por Mikulas Czapok. ¿Está de actualidad por algo interesante?

—Exactamente. Sabemos que ha caído en desgracia en la MVD rusa. Para ser más concretos todavía: ha sido detenido en Praga, y llevado a Moscú. En estos momentos, Mikulas Czapok está en las manos del servicio secreto ruso, en Moscú… Y tenemos informes de nuestros compañeros de allá, en el sentido de que Czapok lo está pasando muy mal. Pero que muy mal. Según todas las apariencias, Czapok ha hecho o dicho algo que no les ha sentado bien a sus amos rusos.

—Bueno, eso no debe sorprendernos tratándose de un hombre que traicionó a su patria. Quizá ahora haya hecho algo, intentando traicionar a los rusos.

—Quizá —admitió Simón—. El hecho cierto es que está en Moscú como prisionero importante. En cambio, su mujer consiguió escapar de Praga, con su archivo.

—¿La mujer de Czapok? —exclamó Brigitte.

—Sí. Es bastante más joven que él: tiene algo menos de treinta años. Muy bonita. Nosotros pensamos que Mikulas Czapok se dio cuenta de que algo no iba bien, y, comprendiendo que él no podría

escapar de Checoslovaquia, envió fuera a su mujer, con su archivo.

—¿Qué archivo? ¿De Mikulas Czapok?

—Sí, sí, claro… Suponemos que la existencia de ese archivo ha sido toda una sorpresa para los rusos, y que están considerando la situación que ellos mismos han provocado al detener a Czapok. La mujer de éste, Marya Czapok, fue enviada fuera del país, como ya le he dicho, con el archivo del marido. En la fuga, fue ayudada por un hombre llamado Antonin Stefan… Un hombre joven, que había sido alumno de Mikulas Czapok. Ahora, en estos momentos, Marya Czapok y el antiguo alumno de su marido, el joven Antonin Stefan, están en Roma.

—¿Y los rusos lo saben? —volvió a exclamar Brigitte.

—Desde luego. Los localizaron muy pronto. —Simón sonrió aviesamente—. Me hubiese gustado ver las caras que pusieron los muchachos de la MVD cuando fueron a detener a Marya Czapok, y ella les dio su respuesta.

—¿Qué respuesta les dio?

—No la conocemos textualmente, pero podemos imaginarla con muchísima aproximación: les dijo que si querían detenerla a ella y al joven Stefan, que muy bien, que lo hiciesen; pero que tuviesen en cuenta que ella había enviado el archivo de su marido a un lugar seguro, desde el cual sería enviado a Washington si a ella, a Antonin Stefan o a Mikulas Czapok les ocurría algo. Y las dijo también, siempre hablando teóricamente, que si en el término de tres días, Mikulas Czapok no llegaba sano y salvo a Roma, ella llamaría a la Embajada norteamericana para pedir asilo político… llevando como cartas de presentación todos los documentos de su marido.

—Santo cielo… —Casi rió Brigitte—. ¡Es una jugada formidable!

—Sí… —admitió Simón—. Los rusos están en un buen apuro, no cabe duda. Solamente si dejan salir de Rusia a Czapok recuperarán esos documentos. Cualquier otra cosa que hagan dará lugar a que ese archivo vaya a parar a Washington. Tenemos la convicción de que dejarán marchar a Czapok, por lo tanto.

—Pero si dejan marchar a Mikulas Czapok, éste puede pedir asilo en la Embajada USA de todos modos, y presentar su archivo… No, claro. Si lo entregan, será a cambio del archivo, ¿no?

—Claro. Desde luego, Czapok puede luego reconstruir su archivo, pero ya no sería lo mismo. Al parecer, ese archivo está

constituido por documentos originales, rusos y checoslovacos. Si llegase a la Central de la CIA, habría que creer todo lo que en ellos estuviese expresado. Pero, si lo que llega es la… palabrería de Czapok, no se le dará mucho valor a esa información. Se le escuchará, eso sí, pero no creo que se le haga mucho caso.

—Sí, sí, comprendo… Por lo tanto, los rusos quieren, ante todo, ese archivo.

—Sí. Y nosotros también.

—¿Nosotros?

—La CIA, ya sabe.

—Oh, sí… ¿Para qué lo queremos?

Simón miró sorprendido a la espía más astuta del mundo.

—¿Cómo que para qué lo queremos? —exclamó—. ¡Para saber lo que pasó entre bastidores, en aquellas fechas!

—¿Y de qué nos servirá eso ahora, cinco años después?

—Bueno… Caramba, usted me desconcierta, Baby… ¿De verdad no le parecería interesante conseguir ese archivo?

—Interesante, sí. Pero me pregunto qué utilidad nos reportaría.

—Bueno… Dicen que el futuro se hace con la historia pasada…

—Yo creo que el futuro se hace con el presente que luego se convertirá en historia. La historia, Simón, no nos ha servido de gran cosa a los seres humanos.

—¡Usted está bromeando!

—De ninguna manera. Eche un vistazo atrás, a la Historia: ¿cuántas guerras ha habido?

—¿Guerras…? Demonios, ¿yo que sé? ¡Muchas!

—Y cada vez que se hacía una guerra nueva se conocía, por la Historia, que había habido otras guerras, que nada bueno reportaron, ¿no es así?

—Sí… Bueno, sí, pero…

—Y a pesar de eso, a pesar de saber que cada guerra anterior no había aportado nada bueno, los seres humanos seguimos haciendo guerras nuevas… Por lo tanto, una de dos: o la Historia no sirve de nada, o los seres humanos somos imbéciles.

—Caray… —Simón se rascó la coronilla, perplejo—. ¡Caray! ¡Tiene usted unos puntos de vista muy peculiares!

—¿No le parecen lógicos?

—Sí, pero… ¡Caray, no sé qué decir!

—Yo sí tengo una pregunta que hacerle a usted —sonrió la divina espía—: ¿debo entender que se me ha enviado a Roma para que consiga ese archivo de Mikulas Czapok?

—Claro, naturalmente.

—¿Y cómo puedo conseguirlo?

—¡Se espera que sea usted quien solucione eso!

—Ya, ya… Pero ¿cómo? No puedo ir a ver a Marya Czapok y decirle que me diga dónde lo tiene escondido, ¿verdad? Si yo fuese ella, no lo diría a nadie… Solamente a los rusos, cuando me devolviesen sano y salvo, a mi marido, y tanto él como yo y ése muchacho llamado Stefan estuviésemos a salvo. Así pues, Marya Czapok no querrá ni oír hablar de entregar el archivo a la CIA, esperando que le sirva para recuperar a su marido, lo cual parece ser indudablemente su objetivo. Por lo tanto, para conseguir ese archivo tendría que arrebatárselo a la fuerza a Marya Czapok… ¿No es así?

—Bueno… Sí, parece que debe ser así…

—En cuyo caso, los rusos que la han localizado, y que deben tenerla estrechamente vigilada, caerían sobre nosotros, dispuestos a todo. ¿Correcto?

—Sí:

—Sí, sí, lógicamente.

—Con lo que tendríamos la gran escabechina de espías, Simón. Le preguntó a usted: ¿vale la pena que unos cuantos espías nos hagamos pedazos por un montón de papeles escritos hace cinco, seis o quizá incluso diez años?

—Mi madre… ¡Vaya un modo de plantear la cuestión!

—Si se le ocurre un modo mejor de plantearla, hágalo. Le escucharé con gran atención.

Simón I se quedó pensativo. Tanto rato, que Simón II llegó por fin con el equipaje, lo colocó en el maletero, y se sentó ante el volante, volviendo la cabeza, sonriendo, hacia el asiento de atrás.

—Bueno, ya podemos… ¿Qué te pasa? —se sorprendió.

—Está pensando —sonrió Brigitte.

—¿En qué?

—En la Historia, la Guerra, la Imbecilidad Humana, la Vida… y la Muerte.

Simón II quedó boquiabierto, estupefacto. Volvió a mirar a su

compañero, miró de nuevo a Baby, y movió la cabeza.

—No he entendido nada —aseguró.

—Se trata de saber si vale la pena que nos molestemos en conseguir ese archivo de Mikulas Czapok.

—¿Cómo que si vale la pena? ¡Ese archivo…!

—No sigas… —masculló Simón I—. O te encontrarás pensando que no hay cosa en el mundo que valga menos la pena que ese maldito archivo.

—Tampoco he dicho eso exactamente —rió Baby—. Dedicaremos un poco más de tiempo a reflexionar sobre el asunto. ¿Adónde vamos ahora? ¿A un hotel?

—Si lo prefiere, sí. Pero hemos pensado qué quizá sería conveniente que estuviese con nosotros en un apartamento que hemos alquilado muy discretamente y sólo para esta operación.

—En ese caso —rió de nuevo la bellísima espía—, a ésta la podríamos llamar Operación Apartamento. Bueno, vamos allá. Espero que hayan elegido un lugar agradable.

# Capítulo II

Era un lugar muy agradable.

El apartamento estaba en el cuarto piso de un edificio bastante moderno, emplazado en el terreno conseguido al derribar una vieja casa. En Vía Annibaldi, cerca de Vía Cavour. Tenía una estupenda terraza, desde la cual se veía el Coliseo. Visión que, al parecer, provocó nuevas reflexiones en Baby.

—Es como el Coliseo —dijo, de pronto tras beber un sorbo del adecuadamente frío Valpolicella—. Debería servirnos de lección, ¿no les parece?

—¿De lección? ¿A qué se refiere?

—Según la Historia, ahí fueron devorados por fieras muchos miles de cristianos hace dos mil años… ¿Correcto?

—Sí… Sí, claro.

—Y eso debió ser horrible, ¿verdad?

—Sí… Sí.

—Hay que tener un poco de imaginación para comprenderlo… Imagínense a cientos; a miles de personas, metidas en ese lugar, con tigres y leones… Cierren los ojos y piensen en ello. Pónganse en el lugar de esas personas: están desnudos, hambrientos, golpeados, humillados…, y luego los dejan en compañía de unas docenas de leones, que supongo no estarían menos hambrientos; la actitud de los leones es… lógica, cuando menos; tienen hambre, nosotros somos su comida, así que… comen. Pero piensen en esos leones que se acercan, saltan sobre nosotros, nos desgarran el cuerpo con sus poderosas zarpas, nos destrozan con sus grandes colmillos, nos arrancan pedazos, miembros enteros del cuerpo, los trituran, los mastican, se los comen… Un ser vivo e indefenso es arrojado a las fieras, que lo despedazan y se lo comen… ¿No es horrible?

—¡Por el cielo, claro que lo es!

—Muy bien. Finalmente, llegó el tiempo en que se decidió así:

ya no se darían seres humanos a los leones para que comiesen, no sería esto objeto de diversión… Eso terminó. Al parecer, el Hombre comprendió que esto era monstruoso…, y por tanto, dejó de hacerlo. ¿Y qué hizo entonces?

—¿Qué… qué hizo?

—Pues se las ingenió para seguir destruyendo a otros hombres, sólo que de otro modo. ¿Echar seres humanos a los leones? ¡Qué barbaridad, claro que no! Eso era monstruoso… En cambio, no le pareció tan monstruoso seguir matando de otro modo: a pedradas, a lanzazos, a cañonazos, a tiros, por medio de bombas atómicas… Claro que eso no era echar personas a las fieras, ¿verdad? Eso era mucho más razonable. Supongo que están de acuerdo.

Simón I y Simón II cambiaron una mirada.

—De acuerdo —susurró Simón I—, usted tiene razón. Y a fin de cuentas, es quien manda aquí: olvidaremos ese archivo.

—No del todo —murmuró la espía.

Los dos espías estaban cada vez más desconcertados.

—Mire, Baby, me parece que le estamos pareciendo un par de tontos, pero… no la entendemos. ¿Lo olvidamos o no?

—He llegado a una conclusión: no podemos olvidarlo.

—¿Por qué no?

—Porque en cuanto los rusos tengan ese archivo de nuevo en su poder, querrán asesinar a Mikulas Czapok, a su mujer, y al joven que la ha ayudado a salir de Checoslovaquia… Querrán asegurarse del silencio total de esas tres personas.

—Eso es cosa de ellos.

—En cuanto a Mikulas Czapok, me importa bien poco lo que le ocurra; él se lo ha buscado. Pero su mujer, esa joven…, y el muchacho que está con ella… ¿tienen culpa de algo?

—Supongo que no, pero… ¡Demonios, no estará pensando en ayudarles a escapar de las zarpas de los rusos!

—¿Por qué no? ¿Usted no habría ayudado a un ser humano a escapar de las garras de los leones?

—Eeeee… Pues… Bueno… ¡No lo sé!

—Me parece —intervino Simón II— que se está usted complicando la vida, Baby. Si no quiere ese archivo, allá usted, y tengo la certeza de que convencerá a los jefes de la Central. Pero, demonios, si luchamos por algo, ¡que sea por ese archivo, no por

dos personas que no conocemos y que nos importan un pepino!

Brigitte se quedó mirando fijamente al espía, que terminó por bajar la mirada. Luego, miró hacia el Coliseo, el viejo recuerdo de tiempos de esplendor y muerte. Hermosa tarde en Roma, con el cielo azul limpio, el sol dorado de la tarde, el aire lleno de aromas de flores… y de gasolina quemada. En aquellos pasados tiempos de esplendor y muerte, se habían arrojado seres humanos a las fieras. Bien… ¿Acaso no era lo mismo ahora? Desentenderse del asunto era lo mismo… Era como dejar a Marya Czapok y Antonin Stefan a merced de las fieras. Y ciertamente, no culpaba ni censuraba a los rusos su conducta, no. La CIA habría adoptado la misma actitud, estaba segura de ello. De un modo u otro, allá, en Roma, había dos personas a merced de las fieras. Abril, mil novecientos setenta y cuatro, finalizando el siglo XX… y la Historia seguía demostrando no servir de nada… en cuanto a mejorar a los seres humanos se refiere.

—¿Dónde están la señora Czapok y su joven amigo? —preguntó de pronto.

—Usted parece considerar a Antonin Stefan como a un muchacho —musitó Simón I—. Y no es así. Es un ex alumno de Czapok, que en la actualidad tiene unos treinta años.

—Tanto más admirable. En un muchacho, ese impulso de ayudar a su maestro puede ser debido a la irreflexión, a no comprender lo que se juega. En un hombre ya de treinta años, esa irreflexión no debe existir, sabe lo que se juega. Y si lo ha hecho, para mí resulta aún más admirable que si fuese un jovenzuelo. Está demostrando fidelidad y amistad, cualidades, a extinguir. ¿Dónde están?

—En el Albergo Colombo, en Vía Alessandro Severo… Muy cerca de la zona de los Ministerios…

—Conozco Roma bastante bien. Naturalmente, los rusos los están vigilando.

—Naturalmente. Y nosotros vigilamos a los rusos.

—Y los rusos a nosotros —sonrió Brigitte—. Y seguramente, hay más agentes secretos rondando ese hotel, y vigilándonos a los norteamericanos, a los rusos y a los checoslovacos.

—Sí —murmuró Simón I—. Seguramente.

—¿Cuál es la actitud de las autoridades italianas, en este asunto?

—Ninguna determinada. Se han limitado a admitir en el país a Marya Czapok y a Antonin Stefan, sin más complicaciones. Parece

evidente que no saben nada de lo que se está dilucidando en su país. A menos…

—A menos que el servicio secreto italiano también esté a la expectativa, vigilando a todos los que vigilan.

—Podría ser —refunfuñó Simón.

—Zambomba —sonrió la divina—. ¡No es una situación divertida, francamente!

—Demasiado complicada para tomar parte en el juego, sin algo positivo que ganar.

—Tres vidas. Dos de ellas puede que valgan algo.

—La CIA no funciona para dedicarse a salvar vidas por ahí —recordó Simón II.

—La CIA, no. Pero la Sección Pax, sí. Supongo que han oído hablar de esta nueva Sección de la CIA…

—Algo hemos oído.

—Les daré muchos más detalles en otro momento. Ahora, tengo que salir. No, no vendrán conmigo, iré sola, en un taxi.

—Si usted va a ese hotel, será lo mismo que si una mariposa entrase en un avispero.

—Lo sé. Pero a veces. —Brigitte sonrió nostálgicamente—, las mariposas son incluso más peligrosas que un tigre.

Y dejando a los dos agentes de la CIA reflexionando sobre esta aseveración, que parecía harto improbable, salió del salón, hacia los dormitorios.

Simón I y Simón II volvieron a mirarse.

—¿Qué hacemos? —susurró Simón I—. No deberíamos dejarla ir sola allá.

—Se supone que sabe cuidarse —dijo, no muy convencido el otro espía—. Y de todos modos, si ella ha decidido ir sola, no veo qué podemos hacer. De seguirla, nada: se daría cuenta. Lo único que podemos hacer es llamar a los demás, a los que están vigilando el Albergo Colombo, y advertirles que ella va hacia allí, y que estén alerta, por si los llegase a necesitar.

Quedaron pensativos los dos, rumiando esta decisión. Y así estaban cuando Baby reapareció, minutos más tarde. Es decir…, tenía que ser Baby, puesto que estaba en el apartamento con ellos y llegaba de los dormitorios, pero…

Los dos espías contemplaban, estupefactos, a la mujer de

alrededor de cuarenta años, rubia, de senos muy desarrollados, con lentes, y con unas ropas que nada tenían de elegantes. Una mujer vulgar, de rostro lleno, ojos oscuros, rubia… Si llamaba la atención, no sería por su elegancia y su belleza, desde luego.

—Caracoles —farfulló Simón II, por fin—. ¿Es usted?

—Eso creo —sonrió la rubia—. Espero que no intenten seguirme.

—No, no… Ya hemos rechazado esa idea.

—Muy bien. Tampoco deben llamar a los demás Simones, a los que están vigilando cerca del hotel. Tendrían que decirles cómo era yo, y eso no sería conveniente, si llegaba a ocurrir algo, ¿verdad?

—Pues…

—De todos modos, los rusos sabrán que soy alguien implicada en el asunto, pero… no les facilitemos la identificación. Si avisan a nuestros compañeros, es posible que se pongan nerviosos, y que los rusos se den cuenta. Luego, verán llegar a una mujer, y empezarán a sacar conclusiones. ¿Lo comprenden?

Simón I tragó saliva, y asintió con un gesto. La rubia recogió su maletín, y salió del apartamento, sin más explicaciones. Salió a la calle, llamó un taxi poco después, y pidió que la llevasen al Albergo Colombo.

Quince minutos más tarde, el taxi se detenía delante de este hotel, y la rubia se apeaba, para pagar por la ventanilla, mientras dirigía discretísimamente miradas a ambos lados. No esperaba, ciertamente, que los agentes rusos o cualesquiera otros que hubiera por allí llevasen colgados del cuello cartelitos indicando su actividad, pero sí esperaba identificar a cualquier espía, nada más verlo.

No lo consiguió. Lo cual sólo podía significar dos cosas. Una: que los espías que intervenían en aquel asunto eran de primera categoría. Dos, que la vigilancia se ejercía oculta, no con agentes a la vista.

En el vestíbulo del hotel, sí vio a dos hombres que identificó en el acto como agentes secretos. Estaban juntos, sentados en sendos sillones, conversando al parecer de negocios. Rusos. Más allá, sentado en otro sillón, con un periódico en las manos, otro hombre, que casi le hizo sonreír: se veía que era norteamericano a mil millas. No pudo identificar a nadie más. Y eso, en el supuesto de que no estuviese equivocándose, claro.

En la conserjería preguntó por Marya Czapok, en perfecto italiano. Cuando, ya con información, se volvió para dirigirse hacia el ascensor, notó las miradas de los dos rusos fijas en ella. De reojo, miró hacia el norteamericano, que tenía los párpados bajos, como si estuviese leyendo el periódico, pero que, obviamente, la estaba mirando. Un trabajo duro, fatigoso, muy molesto, el de aquellos hombres.

Subió en ascensor al segundo piso, y fue hacia la puerta señalada con el número doscientos nueve, a la que llamó, mientras miraba pasillo arriba y pasillo abajo. Una levísima sonrisa apareció en sus labios excesivamente pintados cuando vio cómo una de las puertas acababa de cerrarse, muy suavemente. No pudo ver ningún ojo vigilante, pero fue como si lo hubiese visto…

La puerta se abrió, y un hombre apareció. Un hombre que hizo parpadear a la rubia: alto, muy rubio, atlético, hermoso, de grandes ojos muy claros, que la contemplaban especulativamente… y con cierta expresión agresiva. Un sujeto pasmoso, admirable, vestido con atuendo deportivo, que permitía percibir muy claramente su musculatura, no excesiva, pero sí notable. Tan varonil, tan guapo, que la rubia se quedó en verdad atónita mirándole.

—¿Qué desea? —preguntó él, en deficiente italiano.

—Me han dicho que Marya Czapok está aquí —murmuró Baby.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—¿Habla usted ruso? —Sonrió la rubia.

—Sí. ¿Es usted rusa?

—No. Pero podemos hablar en ruso… Seguramente nos entenderemos mejor que en italiano. ¿Puedo pasar, señor Stefan?

—Dígame quién es usted y qué quiere.

—Me llamo Lili Connors, soy de la CIA, y quiero hablar con Marya Czapok.

—Ella no quiere recibir a nadie. Márchese.

Se disponía a cerrar la puerta, pero la rubia Lili Connors adelantó una mano, sosteniéndola.

—Dígale a Marya Czapok que recibirme puede significar la vida o la muerte de ustedes tres. Ya me entiende.

Antonin Stefan vaciló visiblemente. Por supuesto, podía cerrar la puerta con un simple manotazo, pero, tras la vacilación, se apartó. Lili Connors entró en la *suite*. Stefan cerró la puerta, se volvió hacia

ella, y adelantó las manos.

—Si lleva armas…

—No sea estúpido —se impacientó ella—. Si se tratase de matarlos, la cosa es atrozmente sencilla. Están ustedes rodeados de gente que podrían matarlos mil veces si se lo propusieran, señor Stefan. Y sin necesidad alguna de dar la cara, como yo estoy haciendo.

—¿Está segura de que no es rusa? —volvió a vacilar el bello Antonin.

—Segurísima. Y me pregunto si eso le tranquiliza o le inquieta.

—La verdad es que no lo sé. —Antonin Stefan se pasó una mano por el rostro—. No lo sé.

—Quizá la señora Czapok pueda contestar mejor a mis preguntas —señaló la rubia hacia el fondo de la *suite*.

Antonin Stefan asintió, y le indicó que fuese hacia allí.

Lili vio a Marya Czapok en seguida. Estaba de pie en un rincón del dormitorio, como queriendo permanecer oculta lo más posible, actitud que resultaba un tanto pueril, teniendo en cuenta las circunstancias: localizados por tres servicios secretos, por lo menos, ponerse en un rincón era por demás ingenuo.

Marya Czapok era de buena estatura, y, efectivamente, resultaba bonita, aunque un tanto vulgar. Cabellos rojos, ojos verdes, boca grande y sensual, carne muy blanca, salpicada de pecas en abundancia. Era la muchacha llena de vitalidad, apetecible, que, ciertamente, podía satisfacer mucho a un hombre que tenía veinte años más que ella.

Se tranquilizó un poco al ver que sólo era una mujer quien había entrado, y le preguntó algo al hermoso gigante, que le dio una breve explicación en su idioma, de modo que Lili no se enteró. Pero era fácil saber lo que había preguntado.

—Me llamo Lili Connors —dijo en ruso—, y trabajo para la CIA americana. ¿Habla usted ruso?

—Muy poco —movió la cabeza Marya.

—¿Inglés?

—Mejor que el ruso —replicó la checa, en inglés.

—Nos entenderemos utilizando los dos idiomas.

—¿En qué hemos de entendernos? —Marya la miraba con los ojos muy abiertos.

Lili sonrió, mientras miraba a su alrededor. Una simple mirada, al parecer, pero apoyada en la experiencia de muchos años de espionaje… Había tantos sitios donde ocultar micrófonos allí dentro que ni siquiera valía la pena buscarlos: seguramente había más de uno. A menos que los dos checos no hubiesen salido en ningún momento de la *suite* desde su llegada, en cuyo caso, los rusos o cualesquiera otros agentes secretos no habrían podido colocarlos.

—¿Han permanecido en esta habitación todo el tiempo, desde que llegaron de Praga? —preguntó.

—Sí… ¿Por qué?

—¿Incluso para comer, cenar y demás?

—Sí, sí… ¿Por qué lo pregunta?

Antonin Stefan dijo algo en su idioma, y Marya respingó. Lili miró al apuesto acompañante.

—¿Usted también habla inglés?

—Sólo unas pocas palabras —replicó Stefan, en ruso—. Pero lo entiendo bastante bien.

—Estupendo. ¿Están ustedes armados?

—Claro que no —gruñó Stefan.

Lili sonrió de nuevo.

—Es una buena táctica —opinó—. Al fin y al cabo, para lo poco que iban a servirles unas pistolas, es mejor estar desarmado. Eso evita que otras personas se pongan nerviosas. Señora Czapok, he venido a hacerle una oferta muy concreta y beneficiosa para ustedes dos y para su marido.

—¿Qué oferta? —Parpadeó Marya.

—Les compro el archivo de Mikulas Czapok.

—No.

—Espere. Déjeme terminar, por favor. No se trata de aprovecharme de su apurada situación, ni mucho menos, sino de ayudarles. De verdad: sólo se trata de evitar que las fieras los devoren a los tres.

—No he entendido esto muy bien —dijo Antonin en ruso.

—Les estoy diciendo que puedo ayudarles a salir con vida de esta situación. Y les aseguro que mi oferta es la mejor que pueden recibir en estos momentos.

—Pero usted quiere el archivo de Mikulas —musitó Marya.

—Sí. Pero sólo para beneficiarles a ustedes.

—No —movió la cabeza Marya—. No, no. Ustedes no entienden. Los rusos tampoco entienden. Nadie entiende. Yo no quiero perjudicar a los rusos y beneficiar a los americanos. Tampoco quiero hacerlo al revés… Ese archivo es de Mikulas, y él será quien decida lo que debe hacerse con él, cuando llegue a Roma…

—Su marido no llegará a Roma, si antes no ha entregado usted el archivo, señora Czapok. Y una vez hayan entregado el archivo, sus vidas no valdrán nada. Espero que me entienda.

—¿Cree que los rusos nos matarán? —exclamó Stefan.

—La CIA haría eso —susurró Lili—. ¿Por qué tengo que pensar que los rusos son mejores que nosotros, los americanos?

Marya y Antonin cambiaron una mirada. Una mirada sobresaltada y desesperada. Una mirada llena de indecisión, de miedo, de angustia. A Lili Connors le dieron la impresión de dos conejitos metidos en un pozo rodeado de lobos… Un pozo muy pequeño, sin agua, sin comida, sin calor, sin defensas. Y lo peor era que, en cuanto salieran de aquel pozo, los lobos caerían sobre ellos. Todos los lobos.

—No… no creo que los rusos… nos maten… —tartamudeo Marya.

—Vamos, señora Czapok… Sea razonable. Le estoy hablando con sinceridad, ya ve usted que incluso le advierto que la CIA haría lo mismo. En cambio, yo puedo ayudarles.

—Pero usted es de la CIA. ¿No?

—Sí. Pero… tengo un modo un tanto personal de resolver esta clase de asuntos. Personalmente, opino que no vale la peña luchar por ese archivo de su marido, pero las cosas están de otro modo, y hay que aceptarlas así. Si usted me entrega el archivo.

—¡No pienso hacer eso! Ya le he dicho que no quiero perjudicar a los rusos, ni a nadie. Para mí, ese archivo es sólo un medio de conseguir qué me devuelvan a Mikulas: Cuando él esté conmigo, poco me importará quién tenga ese archivo. Pero los rusos son los que pueden pagármelo mejor, con la vida y la libertad de Mikulas, así que sólo a ellos les diré dónde está.

—Quizá, si me dejase hablar un par de minutos cambiaría de opinión, señora Czapok.

—No, no…

—Espera, Marya —intervino Antonin, en pésimo inglés—. No

perdemos nada, escuchándola.

—Gracias; señor Stefan —le miró sonriente Lili—. Esta es mi oferta: ustedes me utilizan como intermediaria con los rusos. Me dicen dónde está, ese archivo, yo lo voy a buscar, y lo retengo. Mientras tanto, Mikulas Czapok llega a Roma, si es que los rusos aceptan ese canje. Cuando él llegue, ustedes tres se dirigen a la Embajada de los Estados Unidos, y a partir de ese momento se considerarán a salvo. Inmediatamente, yo les entrego el archivo a los rusos. Asunto terminado.

Marya Czapok y Antonin Stefan contemplaban, estupefactos, a la espía americana. Se miraron, volvieron a mirarla… No salían de su asombro. Por fin, Stefan masculló:

—¿Pretende usted que nosotros nos creamos eso? ¿Pretende que nos creamos que usted entregaría el archivo a los rusos? Y no sólo eso… ¿Pretende que los rusos acepten semejantes condiciones?

—Los rusos aceptarán cualesquiera condiciones, con tal de recuperar ese archivo.

—Pero si saben que ha pasado por manos de la CIA comprenderán que ese archivo ha sido fotografiado, o algo así. Y eso no lo aceptarán jamás, supongo.

—Es que desde el mismo momento en que yo recogiese el archivo de Mikulas Czapok habría un ruso conmigo, para convencerse de que no había sido fotografiado. Un ruso y una americana. En cuanto ustedes estuviesen en la Embajada de Estados Unidos, yo le entregaría los documentos al ruso, y nos separaríamos.

—¡Pero eso que usted dice es imposible! —Se pasmó Marya.

—¿Por qué? —sonrió Lili.

—Mire, señora —intervino Stefan, en ruso—. Nosotros no entendemos nada de espionaje, se lo aseguro, pero… No sé. Me parece que si yo fuese un espía ruso, y me hiciesen semejante oferta, tendría la impresión de que querían tomarme el pelo.

—Díganme si ustedes aceptan este trato, y yo me encargo de entablar las negociaciones con los rusos.

—No… No aceptamos.

—Lo siento por ustedes —suspiró la rubia—. Pueden darse por muertos. Y desde luego, jamás volverán a ver vivo a Mikulas Czapok.

—Se equivoca. Sabemos que pronto llegará a Roma… Seguramente, mañana por la mañana.

—Entonces…, ¿han entregado ya el archivo? —Respingó Lili.

—No. Lo entregaremos cuando Mikulas, Marya y yo estemos a punto de subir a un avión que nos lleve lejos de Roma. Mikulas llegará a Roma, nos reuniremos, y saldremos en coche hacia el aeropuerto. Allí tomaremos pasajes, seguramente hacia Estados Unidos…

—Puesto que no aceptan ustedes oferta alguna de la CIA pueden estar seguros de que no los dejarán entrar en Estados Unidos. ¿Por qué tenemos que complicarnos la vida los americanos por nada?

—Pues iremos a otro lugar. A Brasil, quizá. Tomaremos un avión hacia Brasil. Y antes de abordarlo, Marya facilitará a los rusos el modo de recuperar el archivo de mi profesor.

—¿Los rusos han aceptado eso?

—Sí.

—¿Por qué no me lo han dicho en seguida?

—Queríamos escuchar su oferta.

—Entiendo… Lo que no entiendo es la actitud de los rusos. Resulta casi ingenua por parte de ellos, habida cuenta de que ustedes muy bien podrían engañarlos respecto al modo de recuperar el archivo. ¿Desde cuándo los rusos son tan crédulos e ingenuos?

—Ellos saben que nosotros sólo queremos la vida de Mikulas Czapok. Sólo eso.

—Es la primera noticia que tengo, en muchos años de espionaje, de que los rusos son tontos —se desconcertó Lili—. Pero supongo que es propio del ser humano cometer alguna tontería de cuando en cuando. Ahora bien: mi opinión es que los rusos tienen preparada otra jugada.

—¿Qué jugada?

—Santo cielo… ¿cómo puedo saberla? Ustedes dicen que no entienden nada de espionaje. Bueno. Yo, en cambio, entiendo bastante. Y les aseguro que hay otra jugada por parte de los rusos. Insisto en mi oferta: les dará mejor resultado tratar conmigo.

—Usted no tiene a Mikulas. Los rusos, sí.

Lili Connors movió la cabeza, apesadumbrada.

—Lo siento por ustedes —musitó—. Por mi parte, he hecho cuanto he podido. De verdad: les deseo muy buena suerte.

Dio media vuelta, y, sin esperar que la acompañasen, se dirigió a la puerta. Abandonó la *suite*, mirando fríamente hacia la misma puerta de antes, que, ciertamente, se cerraba en silencio y a toda prisa.

Bajó a pie al vestíbulo, lo cruzó, salió a la calle, tras mirar de reojo a todos lados…, y vio al hombre que salía rápidamente de un coche estacionado delante. El coche se alejó, mientras el hombre iba hacia ella, con las manos juntas ante el pecho, como frotándoselas; amistoso sistema de demostrar que no pensaba meter la mano en ningún bolsillo en busca de un arma.

Y además, el hombre resultaba de lo más simpático. Alto, flaco, rubio, de ojos grises que parecían sonreír como si estuviese divertidísimo. Su boca era grande y fina, y también sus orejas eran asombrosamente grandes. A simple vista parecía el más simpático muchacho del mundo. Pero una experta mirada a sus ojos, a su boca, a su firme mandíbula huesuda eran suficientes para que la agente Baby comprendiese, que ante ella tenía un hombre digno de ser tenido muy en cuenta.

—Hola —sonrió él, plantándose ante ella—. ¿Qué tal, colega?

# Capítulo III

Lili Connors alzó las cejas, y se quedó mirando fríamente al simpatiquísimo sujeto, cuya bocaza se estiraba en la cordial sonrisa.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—Me parece que hablo muy bien el inglés —siguió sonriendo el simpático—. Aunque si prefiere, podemos hablar en ruso, ya que usted lo habla mejor que yo el inglés. Permítame presentarme: Mihail Novorov, ciudadano soviético, y, naturalmente, de la MVD. Son las siete —miró su reloj— y veinte de la tarde. Hora óptima para tomar un *whisky*, ¿no le parece?

—¿Me está invitando? —sonrió Baby.

—Sería un placer para mí que aceptase. Podemos entrar en el hotel. Hay un bar muy confortable, señorita Connors.

—Santo cielo —rió ella—. Entonces, ¡hay micrófonos en la *suite* de Marya Czapok.

—Dentro, no. Nos pareció excesivo. Pero colocamos dos en el exterior, por la fachada. De gran sensibilidad, por supuesto. Dos de mis camaradas están en todo momento a la escucha; uno de ellos habla checo, italiano y ruso, claro; el otro habla inglés, francés, italiano, alemán…, y ruso, lógicamente. Han estado escuchando toda la conversación, con una radio de bolsillo abierta junto al receptor, de modo que yo, dentro del coche, he podido enterarme de todo, teniendo también abierta mi radio. Es usted muy persuasiva, señorita Connors.

—Y usted es encantador —volvió a reír ella—. Acepto ese *whisky*…, colega.

—Muy amable. Vamos allá… Y por favor; no tema nada: mis camaradas saben que yo prefiero resolver las cosas por el lado pacífico. Eso, aparte de que, claro está, sabemos que hay algunos muchachos de la CIA muy cerca. No quiero líos, de veras.

—Positivamente encantador —insistió Lili—. Vamos a tomar ese

trago de… ¿cómo podríamos llamar a esto? ¿*Entente cordiale*?

—Naturalmente. Permítame…

Mihail Novorov tomó a Lili Connors por un brazo, con toda naturalidad, y entraron en el hotel. Fueron hacia el bar, ocuparon una mesita, y el ruso llamó por señas a un camarero.

—Si prefiere otra cosa que no sea *whisky*…

—A decir verdad, tomaría una copa de champaña.

El camarero llegó, y Novorov pidió una botella de champaña y dos copas. Ofreció un cigarrillo a Lili, se lo encendió, y se quedó mirándola con gran curiosidad…, y con cierto recelo, que Lili tuvo que notar.

—¿Algo no le gusta de mí? —sonrió.

—Estoy pensando que si me estoy equivocando con usted, las cosas quizá se compliquen, y yo habré hecho el tonto.

—No le comprendo.

—Se lo explicaré. Su modo de… afrontar esta situación, y su oferta personalísíma a Marya Czapok, prescindiendo de los intereses básicos de la CIA, me hace concebir ciertas esperanzas respecto a su personalidad. Si he acertado, todo terminará bien. Si no he acertado, habré hecho el tonto.

—Sigo sin comprenderlo. ¿Qué personalidad me supone? Ya le he dicho indirectamente mi nombre. ¿No le basta?

—Lili Connors es un nombre como cualquier otro, y está al alcance de cualquiera.

—Siempre que sea mujer.

—Oh, sí, claro —rió, brevemente Novorov—. Siempre que sea mujer, se entiende. Pero, de todos modos, un nombre es sólo un nombre. También podría haber dicho usted que se llamaba 725, y para mí sería lo mismo. Pero… yo busco la personalidad, no el nombre. Determinada persona puede utilizar el nombre que guste, pero seguirá siendo en todo momento esa misma persona. Siempre hará las mismas cosas, siempre actuará del mismo modo… ¿Me comprende ahora?

—Creo que si. Pero usted está hablando como si conociese una personalidad mía que no tiene nada que ver con mi nombre.

—En efecto. Dígame: ¿me estoy equivocando?

—Es que no sé qué personalidad me supone usted.

—No me atrevo todavía a decirlo. Charlemos un poco y al final

de la entente cordiale le diré si es usted o no es usted la persona que yo supongo. Ah, el champaña…

El camarero llegó con el champaña, sirvió dos copas y se retiró. Mihail Novorov alzó su copa en dirección a Lili Connors, qué correspondió con el mismo gesto, sonriendo.

—Por todos los espías del mundo —brindó.

—Siempre que sean como nosotros —rió ella.

—Por supuesto. —Novorov bebió un sorbo, y se quedó mirando fijamente a la espía americana—. Señorita Connors, yo acepto su oferta.

—¿Qué oferta?

—La que les ha hecho a esos dos cretinos: han debido aceptarla inmediatamente.

—¿Se refiere usted a que Marya Czapok me entregue a mí el archivo de su marido, para que yo se lo entregue a ustedes cuando los tres estén a salvo?

—Sí. Yo acepto.

—Es toda una sorpresa.

—¿De veras le sorprende mi actitud?

Lili reflexionó unos segundos, y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No. Lo cierto es que no: refleja una inteligencia positiva, Novorov.

—Y muchas ganas de no complicar las cosas. Mire, los rusos queremos ese archivo, eso es todo. Nos va a disgustar un poquito que ese puerco de Czapok se largue tranquilamente, pero es un mal menor… Por mucho que él hable con los de la CIA, no le creerán, si no lleva consigo los documentos que forman ese archivo.

—Eso mismo pienso yo.

—Por lo tanto, nosotros nos quedamos con el archivo, y que el puerco de Czapok se lleve su vida. Al demonio con él.

—¿Qué les ha hecho? —rió Lili—. Hasta hace poco, tengo entendido que era un elemento muy útil a la MVD.

—Lo era. Lo fue. Pero… Bueno. —Mihail sonrió de modo simpático—, no pretenderá usted que le explique lo que ha pasado, ¿verdad?

—Me gustaría saberlo —volvió a reír ella—, pero comprendo su discreción.

—Gracias. Señorita Connors: ¿de verdad sólo quiere usted salvar las vidas a tres personas?

—De verdad.

—¿Sin más objetivos posteriores?

—Exactamente.

—¿Y aceptaría usted que un ruso la acompañase a recoger el archivo…, y se lo entregaría pacíficamente?

—Sí.

—¿Y si la acompañasen dos rusos?

—Sí.

—¿Tres rusos?

—Sí.

—¿Veinte rusos?

—Sí —rió Lili Connors.

Mihail Novorov se rascó la nuca, sonriendo.

—Trato hecho. Hablaré con los dos idiotas de arriba para que le entreguen a usted el archivo, les diré que los rusos aceptamos este acuerdo.

—¿Y me hará escoltar por veinte rusos hasta donde está el archivo?

—No. Uno solo. Me fío de usted, Baby.

—¿Perdón? ¿Qué dice?

—He dicho que me fío de usted, Baby.

—Es usted un hombre de gran fantasía, Mihail.

—Sí… De niño me gustaba mucho explicar cuentos. Esto era cuando los alemanes invadieron Rusia… Los chiquillos nos escondíamos cuando llegaban los alemanes, y nos dedicábamos a contar cuentos… Teníamos un hambre atroz, y nos moríamos de frío en la nieve… Pero contábamos cuentos muy bonitos, en los que degollábamos a miles de alemanes. Hasta hace unos años, creía que mi odio jamás se extinguiría… Pero, con sorpresa, he comprobado en mí cierta evolución que al principio ni yo mismo creía: resulta que no odio a nadie. ¿No es extraño?

—Quizá —musitó Brigitte—. Pero admirable. Me alegra mucho que haya hecho contacto conmigo, Mihail.

—Yo también me siento satisfecho. Terminaremos este asunto felizmente, y al menos dos personas quedarán contentas.

—¿Dos personas? ¿Quiénes?

—Usted y yo.

—Cierto —sonrió suavemente la rubia, alzando su copa de nuevo—. ¿Por todos los espías del mundo?

—Por todos los espías del mundo. —Novorov acabó la copa de un trago—. Uno de mis camaradas irá con usted a recoger el archivo, cuando llegue el momento.

—Creí que vendría usted mismo.

—No. No vale la pena.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no espero ninguna sucia jugada por parte de usted, así que no tengo por qué molestarme. Hablaré con Marya Czapok en cuanto tenga la confirmación de la llegada de su marido, y le diré que yo he aceptado las condiciones de usted. Entonces, la llamaré a usted, para que concertemos el encuentro con mi camarada.

—¿Me llamará? ¿Adónde y cómo?

—Voy a meter la mano derecha en el bolsillo. Tengo mi radio ahí, y voy a entregársela. Puesto que tengo más radios, podré llamarla cuando llegue el momento. ¿Estará de acuerdo?

—Por supuesto.

Mihail Novorov sacó la radio, y la deslizó por encima de la mesa. Lili Connors la guardó en el maletín rojo con florecillas azules estampadas, que Novorov contempló con curiosidad.

—¿Quiere más champaña? —preguntó.

—No. Una copa está bien. Gracias por la invitación.

—Ha sido un auténtico placer para mí, así que soy yo quien le da las gracias. Hay una cosa que quisiera dejar bien clara, señorita Connors.

—¿Qué cosa?

Mihail Novorov se sirvió más champaña, y se quedó mirando el dorado líquido burbujeante.

—Mire usted —musitó—, yo siempre admito qué pueden engañarme. Esto podría estar sucediendo con usted. Si así es, le ruego que lo medite muy bien. Por supuesto, para usted no sería problema en absoluto desembarazarse del camarada que asignaré para acompañarla… La agente Baby puede resolver esa cuestión en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, por favor, piénselo bien antes de hacerlo, porque si a mi camarada lo engaña, si lo mata, yo

voy a dedicar el resto de mi vida de espía ruso a asesinar agentes de la CIA. —Mihail alzó la cabeza, y su mirada, ahora fría, chocó con la de Baby—. Estoy diciéndole bien claramente que si usted juega sucio, voy a dedicarme casi exclusivamente a matar Simones… ¿Lo entiende, señorita Connors?

—Sí.

—Quizá lo que digo le parezca brutal, pero de eso se trata precisamente. Sé que cazarla a usted es algo que, hoy por hoy, está lejos de la posibilidad de cualquier agente ruso. Pero también sé que cada Simón que yo asesinase sería como si metiese una bala en sus entrañas. Por favor —casi sonrió Novorov—, no palidezca. Ya le digo que sólo haré eso si usted me engaña. Ya sé que si yo hiciese semejante cosa, usted saldría en mi busca por todo el mundo, como una loba furiosa, pero… ¿quién sabe? A lo mejor yo no me dejaba encontrar.

—Todas estas amenazas sobran, Mihail —dijo con voz ronca Lili Connors.

—Estupendo. ¿De verdad no quiere otra copa?

—No. Llámeme cuando sepa algo concreto.

—De acuerdo. ¿Se va usted? —Novorov se puso rápidamente en pie al hacerlo la rubia—. Permítame que la acompañe a la puerta…

—No es necesario.

—Por favor, no se oponga a la cortesía rusa.

—Como guste.

El soviético volvió a tomar a la americana por un brazo, amablemente, y salieron del bar.

—Celebraré la buena solución de todo esto, volviendo al bar y terminando esa botella de champaña —dijo Mihail—. ¿Usted ha oído esa frase extendida por todo el mundo que dice «bebes como un cosaco»?

—Sí, la he oído por ahí.

—Me pregunto por qué tienen esa fama los cosacos rusos… Pero, en todo caso, yo debo ser descendiente de alguno de ellos. Para ser sincero, le diré que me gusta beber. Y comer. Y amar… En realidad, me gusta todo lo placentero de la vida. Sólo hay una cosa que me preocupa, actualmente: ¿por qué lo más placentero de la vida está sólo al alcance de unos pocos? Hágame un favor: trasládele esta pregunta a sus amigos americanos millonarios.

—Lo haré —sonrió Lili—, pero con una condición: hágales usted la misma pregunta a sus amigos rusos millonarios.

—*Touché*! —rió el ruso—. Tiene usted razón. La vida es un asco, ¿no le parece?

—La vida es hermosa —replicó Lili—: nosotros la convertimos en un asco. Hasta la vista, Mihail.

—¿Hasta la vista? ¿Quiere decir que volveremos a vernos?

—Sí. Tengo una proposición que hacerle. De tipo personal.

El ruso quedó verdaderamente pasmado.

—¿De veras? ¿Algo relacionado con la cama y el amor?

—No —rió la rubia—. En ese aspecto, tengo cubiertas todas mis necesidades y aspiraciones sobradamente.

—¿Entonces?

—No es el momento. Adiós, Mihail. Buena suerte.

—Lo mismo le deseo… ¿Quiere que le llame un taxi?

—No, gracias. Iré a pie.

Lili Connors se alejó, volviendo la espalda al ruso, sin la menor preocupación aparente. Y no pasó nada. Simplemente, ella desapareció al doblar la esquina, y el ruso, tras permanecer todavía unos segundos como clavado por los pies al suelo, regresó al bar. Se sentó a la mesa, y se sirvió más champaña…, mientras un hombre de los que la rubia Lili Connors había clasificado como agentes rusos hablando de negocios en el vestíbulo, llegaba allí, y se sentaba delante de él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada en absoluto. Todo va bien. Ella era Baby.

El otro ruso quedó un instante boquiabierto.

—¿Baby? —exclamó—. ¿Y la has dejado marchar? ¡Si esa mujer interviene en…!

—Bebe un poco de champaña, Georgi —sonrió Novorov—. Puedes utilizar la copa de ella. Es una mujer sana.

—¡Déjate de tonterías! ¡Has podido matarla!

—¿A Baby? —Le miró irónicamente Mihail.

—¡Claro que sí! ¡Has debido matarla! ¡Pasase lo que pasase luego, has debido matarla!

—Es mucho más importante el asunto del archivo, que va por muy buen camino, que matar a esa mujer. Por otro lado, no habría podido matarla.

—¿Cómo que no? ¡La has tenido a tu…!

—Georgi, te voy a dar un consejo: es mejor llenarse la boca de champaña que de tonterías. Bebe, camarada. En cuanto a matar a Baby, no seré yo quien lo intente, en, circunstancias como las que se han desarrollado. No, camarada, no… Yo puedo ser cualquier cosa que se te ocurra, pero no un imbécil suicida. Y eso es lo que habría sido, si hubiese pretendido sorprender a esa mujer… —Mihail volvió a sonreír—. La verdad: prefiero beber champaña.

# Capítulo IV

—¡Bebed y saciad vuestra sed! —exclamó Simón II—. ¡Por todos los demonios…, se ha pasado la tarde bebiendo champaña con un ruso!

Lili Connors le dirigió una plácida y sonriente mirada.

—Hay peores modos de pasar el tiempo, Simón —rió.

—Por ejemplo, tiroteándose con un ruso —admitió Simón I—. Pero díganos: ¿qué tenían que decirse usted y ese Novorov?

—Hemos llegado a un acuerdo.

—Un acuerdo…, ¿sobre qué?

—Sobre el archivo y esas tres personas, naturalmente.

Los dos agentes de la CIA se miraron, pasmados.

—¿Qué clase de acuerdo? —masculló Simón II.

Lili lo explicó, ante el creciente pasmo de los dos Simones. Lo hizo brevemente, pero con toda exactitud. Cuando terminó, el pasmo de Simón I y Simón II era ya insuperable.

—¡Por el amor de Dios…! ¿Usted va a confiar en un ruso?

—¿Por qué no?

—¡Es un ruso!

—Y nosotros somos americanos. ¿Qué hay con ello?

—Pero… pe… pero… ¡le engañará!

—¿Qué ganaría con ello?

—¿Qué… qué… qué…?

—¿Qué ganaría Novorov engañándome? Él sólo quiere el archivo.

—¡También lo queremos nosotros! ¡Y con ese acuerdo, hecho por usted, perdemos todas las posibilidades de conseguirlo!

—Pero quizá podamos echarle un vistazo.

—¿Sí? ¿Cómo? Si usted echa un vistazo a esos documentos, el ruso que la acompañe lo sabrá… ¡Y no creo que eso forme parte del trato! Si usted lee algunos documentos del archivo, podría ratificar las explicaciones que Mikulas Czapok diese a la CIA una vez libre, y

los rusos tienen que saber y comprender eso. Así que no le dejarían ver ni un solo documento. Espere… ¡Un momento! ¡Ya entiendo su jugada, Baby!

—Espléndido. ¿Cuál es mi jugada?

—Irá a buscar el archivo con un ruso, en efecto… Pero en cuanto lo tenga en su poder, se desembarazará del ruso, y se quedará con el archivo. *Okay*?

—No *okay*… —rió Lili—. ¡Claro que no, por Dios! ¡Eso sería una chapuza! Además, se ha tasado muy alta la vida del ruso que me acompañará.

—¿Muy alta? ¿Qué quiere decir?

—No importa… Pero esta orden mía debe quedar bien clara y definitiva: la vida del ruso que me acompañará es sagrada. Quiero que esto quede bien claro.

—¿Y la de usted? ¿Es sagrada la vida de usted para el ruso que la acompañará?

—Oh, eso ya es otra cosa… Pero espero saber controlar la situación adecuadamente en todo momento.

—Confiemos en ello —admitió Simón II—. Pero una cosa parece cierta y definitiva: la CIA no conseguirá ese archivo. Y francamente, Baby, yo considero absurdo arriesgar la vida de usted para nada.

—No se preocupe: lo estoy pasando muy bien.

—¿Lo está… pasando… bien?

—Sí, sí: me divierte todo esto.

—¿Cómo que le divierte? —clamó Simón I—. ¡Estamos un montón de servicios secretos a punto de romper las hostilidades por ese asqueroso archivo que el demonio se lleve, y usted dice que lo encuentra divertido!

—Como se suele decir en las competiciones deportivas, lo importante no es ganar, sino participar. A mí me divierte participar.

—¿Aunque no gane?

—Es que… Bueno, Simón, durante muchos años, he observado una cosa curiosa con respecto a mí: siempre gano.

—Si no consigue el archivo, esta vez no habrá ganado.

—¿Y por qué hemos de pensar que, en todo este asunto, lo más importante realmente es el archivo?

Nuevo pasmo en los agentes de la CIA.

—¿Qué es lo importante, si no el archivo? —Gruñó Simón I.

—El hambre.

—¿El qué? —balbuceó el espía.

—El hambre.

—Pe-pero…, pero… ¿qué tiene que ver el hambre con un archivo de un espía importante?

—He dicho hambre en sentido figurado. Pero veamos… Supongamos que usted tiene un barco lleno de panes, y que hay mil personas que tienen hambre, y que saben que usted tiene ese barco lleno de pan. ¿Qué cree que harán esas mil personas?

—Pu-pues supongo…, supongo que querrán conseguir mis panes, sea como sea…

—Claro que sí —apoyó Simón II.

—Yo también lo creo así —asintió la rubia—. Pero me pregunto: ¿qué es lo realmente importante en esa situación: el pan o el hambre?

—¿Qué…, cómo…, qué… qué…?

—Claro. Si no hubiese hambre, ese pan no valdría nada, Simón, ¿no le parece? Entonces, ¿qué vale más? ¿El pan o el hambre que incita a conseguir ese pan? ¿Qué es más importante?

—¡Que me maten si lo sé! ¡Usted me desconcierta!

—No debería sentirse desconcertado. Siempre, lo importante es el ansia de una cosa, no la cosa ansiada. Pongamos otro ejemplo. Un brillante que valga un millón de dólares… Yo, desde luego no pagaría un millón de dólares por semejante tontería. Luego, para mí, ese brillante no vale un millón de dólares. Para mí, la verdad, no vale nada. Entonces…, ¿el brillante no vale nada realmente?

—Bueno… Supongo que vale lo que alguien quiera que… que valga…

—¡Exactamente! Volvamos al archivo de Mikulas Czapok… ¿Cuánto vale? Para mí, nada, porque no lo ansío. No tengo hambre por ese archivo, Pero los rusos sí tienen hambre por el archivo de Mikulas Czapok. Entonces, el archivo, en sí, puede que no valga nada.

—Los rusos no piensan así.

—Porque ellos tienen hambre de ese archivo. Entonces, lo importante, lo que realmente nos dará una idea del valor del archivo, es el hambre de los rusos. ¿Cuánta hambre tienen? Vamos a dejar que se delaten un poco en ese sentido… Y cuando sepamos

la medida de su hambre, yo decidiré si vale o no vale la pena complicar las cosas por el archivo. ¿Está claro?

—A mí me duele la cabeza —sonrió Simón II.

—A mí también —sonrió Simón I.

—Hay un remedio un tanto especial para esa clase de molestias —dijo Lili Connors, muy seria—. Son las nueve y pico de la noche, y como antes de ir a ver a Marya Czapok cené un poco, siento un ligero apetito; sugerencia: vayamos a comprar esos riquísimos pasteles italianos, un par de botellas de champaña y caviar persa, y nos dedicamos a consumirlo todo, mientras esperamos que Mihail Novorov me llame para concretar.

—Pues estamos listos —mascculló Simón I.

—¿No le gusta la idea? —se sorprendió Lili.

—Me encanta. Pero si el tendero se entera de que usted tiene hambre de champaña y caviar persa, nos va a cobrar lo que quiera por esas mercancías. Porque lo importante no es el caviar, sino el hambre de caviar. ¿No es así?

—Veo que lo han comprendido —rió la rubia.

—De todos modos —sonrió Simón II, frotándose las manos y relamiéndose—, yo acepto la sugerencia.

—¡Torna, y yo también! —exclamó Simón I—. Cuando menos, en este asunto, lo habremos pasado bomba con Baby.

—Y como dijo un calvo, cuando se encontró un peine: algo es algo, mecachis, mecachis —terminó Brigitte.

* * *

Hacia las diez y media, cuando Lili Connors, es decir, la señorita Montfort, pues se había quitado el molesto disfraz de rubia gorda, estaba explicando a los dos agentes de la CIA las peculiaridades de la Sección Pax, recientemente creada por ella dentro de la CIA, sonó la radio de bolsillo que Mihail Novorov le había entregado en el bar del Albergo Colombo.

Brigitte la había dejado bien a la vista y a su alcance, así que sólo tuvo qué alargar un brazo, y tomarla, admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—¿Es usted…, señorita Connors?

—Sí, Mihail. Dígame.

—Lo siento, no podremos culminar nuestro trato.

Brigitte y los dos Simones cambiaron rápidas miradas de alerta, un tanto inquietas. Pero la voz de la espía brotó con estudiada indiferencia:

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Cuando una persona es cretina, no tiene remedio. Lo siento de veras, pero Marya Czapok no quiere aceptar.

—¿Cómo que no quiere aceptar? —se sorprendió Brigitte.

—No he podido convencerla de ninguna manera. Dice que no quiere líos ni complicaciones, que no quiere que la CIA intervenga en esto, que sólo desea tratar con nosotros, con los rusos. Que le devolvamos a su marido, y que ella nos entregará el archivo. Lo siento de veras… Quiero decir que usted comprende que esto hace regresar los planes de la MVD a la posición inicial…, y yo no puedo desobedecer ciertas órdenes que pueden ser perfectamente cumplidas.

—¿Quiere decir que matarán a los Czapok y a Stefan?

—Para ellos habría sido mejor aceptar el trato de usted, porque así se pondrían fuera de nuestro alcance. Y yo justificaría mi actitud diciendo a mis superiores que tuve que aceptar ese trato o ninguno. Pero si Marya Czapok no acepta la solución de usted, quiere decir que, en cuanto llegue Mikulas, los tres estarán a nuestro alcance.

—Insisto: ¿tiene orden de matarlos en cuanto haya recuperado ese archivo?

—No tengo más remedio que obedecer. Esa mujer idiota no me deja otra salida. La de usted era buena…

Lo siento, lo siento mucho, de verdad. Se lo digo por que tiene que quedar bien claro que entre usted y yo ya no hay trato, y que cada cual haga lo que le convenga, o lo que pueda. ¿Me entiende?

—Sí, Mihail. ¿Es posible que esa mujer sea tan tonta?

—¿Tonta? Maldita sea, es una retrasada mental… Le juro que se lo he explicado todo muy bien, le he dicho que su marido llega mañana a las once en un avión de la Aeroflot, que podrían irse los tres a la Embajada americana… Todo. De verdad. Y no acepta. Podría sugerirle a usted que lo intentase de nuevo, pero estoy seguro de que sería inútil.

—Peor para ella —musitó Brigitte—. Entonces…, ¿el trato es directo con ustedes?

—Eso es lo que quiere Marya Czapok.

—Está bien. Gracias, Mihail.

—De nada. Mire… Ya sabe cómo están las cosas, Baby… Quiero decir que nosotros queremos ese archivo por encima de todo, de manera que no tendremos muchas contemplaciones a la hora de conseguirlo…

—¿Está sugiriéndome que, para evitar muertes, la CIA levante el campo?

—¿No le parece buena idea?

—Regular nada más. Tenga en cuenta que no se trata sólo de la CIA. Debe haber agentes de otros servicios rondando ese hotel.

—Lo siento por todos, pero los rusos queremos ese archivo.

—Está bien, Mihail, no se preocupe. Le he entendido perfectamente: el enfrentamiento, si se produce, será brutal, ¿no es así?

—Sí.

—Gracias por avisarme. Lo tendré en cuenta.

—Yo preferiría que no tuviésemos que enfrentarnos.

—Y yo también… —sonrió Brigitte—. Reflexionaré su sugerencia.

—Hágalo, por favor. Ah, otra cosa. Respecto a esa proposición de tipo personal que quería hacerme… ¿No puede decirme ahora de qué se trata?

—No.

—¿Pero está relacionada con este asunto?

—De ninguna manera.

—Ah. Menos mal… Bueno… Adiós, Baby.

—Adiós, Mihail.

Brigitte Montfort cortó la comunicación, y se quedó inmóvil, muy pensativa, perdida la mirada…

—Parece que respecto al hambre de los rusos, no podemos tener muchas dudas, ¿verdad? —musitó Simón I.

—¿Eh…? Ah… No, claro.

—Esa mujer no se fiaría ni del Buen Dios —movió la cabeza Simón II—. Y con ello, sólo va a conseguir que los rusos, en efecto, culminen sus proyectos iniciales, esto es, matarlos a los tres, en cuanto reciban el archivo. Supongo que nosotros vamos a hacer algo, en vista de las nuevas circunstancias…, que son las mismas

que al principio.

—Claro que haremos algo. —Simón I miró a Brigitte—. Y usted tiene la palabra. ¿Qué hacemos?

—En vista de la hora que es, lo mejor será que durmamos.

—¿Dormir? Pero…

—Si nos acercamos al Albergo Colombo sólo conseguiremos un enfrentamiento estúpido entre nosotros y los rusos, perjudicial para ambas partes, por supuesto. Y quisiera resolver este asunto sin disparar un solo tiro. Bien… ¿Cuál de ustedes va a dormir conmigo?

Los dos agentes de la CIA palidecieron intensamente. Luego, a la vez, ambos sacaron su pistola, y apuntaron al pecho de Brigitte.

—¡Usted no es Baby! —jadeó Simón I—. ¡No puede serlo, porque Baby jamás…!

—Cálmese, Simón… —rió la divina—. Lo digo porque este apartamento tan hermoso tiene un gran defecto: sólo dispone de un dormitorio, con dos camas. Uno de nosotros tres tendrá que dormir en el sofá, y espero de la galantería de ustedes que se ofrezcan para ello. El que no duerma en el sofá, tendrá que hacerlo en el dormitorio, ¿no es así? Y yo estaré allí, en una de las camas. El que sea de ustedes, ocupará la otra.

—Aaaahhh… ¡Demonios, vaya susto!

—¿Tan fea soy que les asusta la perspectiva de dormir conmigo? —volvió a reír Brigitte.

—Caracoles, no… Pero es que…

—Es muy agradable poder ser identificada por mis niños en cualquier circunstancia —susurró Brigitte—. Bien, decidan cuál de los dos va a dormir conmigo…, es decir, en la cama del lado. Y no se preocupen por nada: hasta que Mikulas Czapok llegue a Roma, no va a ocurrir nada. Y su avión, de la Aeroflot, no llega hasta las once de la mañana, según ha tenido la amabilidad de informarnos nuestro colega ruso, el simpático Mihail Novorov. Tenemos una larga noche de maravilloso descanso.

# Capítulo V

A las once y un minuto de la mañana exactamente, el avión de la compañía rusa Aeroflot aterrizó en Fiumicino, muy cerca de las dependencias de recepción para vuelos internacionales.

Y desde una de las terrazas, la anciana dama de blancos cabellos y negro ropaje, colocó, una vez más, ante los cristales de sus lentes, los pequeños gemelos de teatro. Completamente detenido ya el avión, unos empleados del aeropuerto estaban acercando una de las escalerillas rodantes, para el descenso de los pasajeros…

Como quiera que para que esto sucediese todavía faltaba un poco, la anciana se dedicó a mirar alrededor, con los gemelos. Para cualquiera, la buena anciana se dedicaba, simplemente, a pasar el rato, ya que no parecía sentir interés especial por nada. Pero la ancianita de los blancos cabellos podría haber dado sorpresas a más de una de las personas que estaban por allí.

Por ejemplo, si se hubiese acercado a Mihail Novorov y le hubiese saludado diciéndole «¿Qué tal, colega Mihail?», no cabe duda de que el agente soviético habría respingado con fuerza, sorprendidísimo. Lo mismo habría ocurrido con cuatro agentes rusos más, que debían considerar que ocupaban, con gran discreción, otros tantos puestos de observación y vigilancia. También, salvo que estuviese muy equivocada, habría sorprendido por lo menos a dos hombres qué había identificado, con su fina percepción, como agentes del servicio secreto italiano. Asimismo, dos hombres más, por supuesto, espías pero a los que no había conseguido clasificar…

También había bastantes policías italianos en el aeropuerto, como sin darle importancia a la cosa. Pero allí estaban, estratégicamente distribuidos.

«Y todo, por un traidor… —reflexionó la anciana—. ¿Hasta qué extremo puede ser interesante su archivo, desde un punto de vista

internacional? Un archivo cuyo contenido no debe ser muy interesante en cuanto a información actual, ya que, últimamente, está claro que los rusos desconfiaban de él, así que poca información pudo conseguir. Por otra parte, parece establecido que lo más importante de ese archivo hace referencia a la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia… ¿Y qué puede esto solucionar hoy día? Yo creo que nada. Pero, evidentemente, los rusos tienen hambre de ese archivo».

Dejó de mirar con los prismáticos, y se asomó por el borde de la terraza. No veía ahora a Novorov y a sus camaradas, pero, por supuesto, estaban allí, esperando. Se asegurarían de que Mikulas Czapok era escoltado discretamente hasta el departamento de pasaportes, y, posiblemente, entonces, se harían cargo de él, para llevarlo junto a su esposa y al apuesto Antonin Stefan.

¿Habían llegado a un acuerdo los rusos y los italianos? Parecía que sí, desde luego. Ello implicaba, naturalmente, que los italianos habían conseguido alguna concesión especial por parte de la MVD. Un trato perfectamente plausible. Y, a fin de cuentas, a las autoridades italianas no les interesaba, en modo alguno, que hubiera complicaciones en su país. Así pues, a cambio de cierta discreta colaboración con los rusos, se aseguraban buenos modales y, claro, alguna concesión o información que pudiera serles suministrada por la MVD.

En definitiva: quien peor tenía las cosas para conseguir el archivo, en vista de las actuales circunstancias, era la CIA americana.

«Y eso es lo que no me gusta —pensó la anciana, frunciendo el ceño—. No me gusta nada, porque es tanto como desafiar a la CIA, y por tanto, a mí, ya que Novorov sabe que estoy aquí… ¡Atención, ahí salen ya los pasajeros!».

La anciana volvió a utilizar los gemelos para mirar hacia el avión. En efecto, los pasajeros comenzaban a aparecer, bajaban por la escalerilla… Identificó en seguida a Mikulas Czapok, gracias a la fotografía que Simón le había mostrado.

—Un hombre interesante… Buena presencia, aspecto atractivo, fuerte… Un notable profesor de Historia.

La imagen de Mikulas Czapok era nítida en los pequeños gemelos de teatro. Nítida y muy cercana. Tanto, que la anciana

pudo estudiar hasta el más insignificante pliegue en los rasgos de aquel rostro. Y así, logró captar la contenida expresión de fatiga, y el temor también contenido en sus ojos oscuros. Estaba haciendo todo lo posible por aparecer indiferente, natural, pero Mikulas Czapok no podía evitar dirigir veloces miradas inquietas a todos lados. En su rostro no había huellas de golpes, pero la anciana comprendía muy bien esto; los actuales sistemas de… persuasión en el espionaje podían permitirse el lujo, de excluir la brutalidad física de su repertorio. Había drogas que operaban milagros en el cuerpo y en la mente del interrogado. Eso aparte de que se podía golpear a un hombre hasta matarlo, sin que exteriormente quedase señal alguna de esos malos tratos…

No. Mikulas Czapok no parecía haber sido golpeado, pero su cansancio, su profunda fatiga, no podían ser más evidentes para quien estaba sobre aviso. Y el temor. Sobre todo aquel temor, aquella mirada viva y huidiza, inquieta…

A medida que Mikulas Czapok, entre los demás pasajeros, se iba acercando a la terraza, los policías italianos de uniforme se iban desplazando también, con orden, y había que admitirlo, con notable pericia. Hasta que, finalmente, Mikulas Czapok y los demás pasajeros desaparecieron bajo la terraza que la anciana había elegido como primer observatorio.

Entonces, la anciana abandonó la terraza, y, poco después, se instalaba muy cerca de la salida de vuelos internacionales, comprobando que, en el vestíbulo, la abundancia de policías era todavía más notable. Es decir, que las posibilidades de secuestrar a Mikulas Czapok, con el fin de obligarle a decir dónde tenía el archivo, disminuían a cada instante. Los rusos estaban trabajando sobre seguro.

A través de los cristales, al fondo, volvió a ver a Mikulas Czapok. Cerca de él estaba ahora, inconfundible, el simpático Mihail Novorov, y los dos camaradas que la tarde anterior habían estado hablando de negocios en el vestíbulo del Albergo Colombo. También dos hombres de paisano, de aspecto inequívocamente latino, y media docena de *giallos* bien distribuidos.

La anciana abrió su maletín forrado de raso negro, tras sentarse en uno de los sillones del vestíbulo. Sacó un paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos, pero sin llegar a sacarlo del todo.

—Ninguna posibilidad razonable —susurró en inglés—: retírense todos.

—¿Está segura? —Brotó la voz masculina del paquete de cigarrillos.

—Completamente. La policía italiana, y también el servicio secreto, están interviniendo. Y con esto no contábamos. Nada que hacer. Retírense.

Ni siquiera había movido los labios, aparentemente. Había estado mirando el cigarrillo, y pareció desistir de fumar, hundiéndolo de nuevo en el paquete y guardando éste. La verdad era que la anciana se sentía bastante irritada ante aquel despliegue de fuerzas, que impedía intervenir a los hombres de la CIA. Es decir, no lo impedía, pero, si insistían en llevar a cabo el plan finalmente acordado de apoderarse de Mikulas Czapok, el aeropuerto iba a convertirse en un infierno, cosa que la anciana no estaba dispuesta a provocar.

Así pues, defraudada e irritada, se puso en pie, y salió del edificio… Más policías allí, en el exterior. Increíble. Pero no debía asombrarse demasiado por el hecho de que dos servicios secretos hubiesen llegado a determinado acuerdo; en realidad, esto es mucho más frecuente de lo que las personas corrientes creen. En determinado momento, surge algo que interesa a dos partes, y entonces, no importa qué partes sean éstas, se ponen de acuerdo. Quizá sólo por aquella vez y para aquel asunto, pero ocurre.

* * *

Estaba ocurriendo.

La anciana se alejó unos pasos, y se volvió. Muy cerca de ella había muchos coches estacionados. Se acercó, se apoyó en uno de ellos, y se quedó mirando hoscamente hacia la salida del aeropuerto.

Tres minutos más tarde, Mikulas Czapok apareció, precedido por cuatro policías italianos, y acompañado por Mihail Novorov y los otros dos. Por detrás, más policías. Estaban llamando un poco la atención, por supuesto, pero ése era un mal menor.

La mirada de la anciana se clavó en el rostro de Mikulas Czapok.

«Me gustaría saber qué estás pensando… —se dijo—. Daría

cualquier cosa por saber qué pensamientos bullen en tu inteligente cabeza. Desde luego, como punto de partida, tienes miedo. Estás terriblemente asustado. Pero… ¿qué más? ¿Qué piensas? ¿Estás pensando en tu archivo? ¿En tu joven y bella esposa, a la que pronto podrás abrazar? ¿En tu vida? ¿En tu muerte? ¿En tu traición? Doble traición, sin duda: primero a los tuyos, a los checos; ahora, a los rusos… Eres un personaje muy curioso, Mikulas Czapok. Primero traicionas a los tuyos, a favor de los rusos. Y ahora traicionas a los rusos…, ¿a favor de quién? ¿Y por qué? ¿Qué les has hecho exactamente a los rusos?».

Estaba viendo perfectamente el rostro de Mikulas Czapok, pues éste se iba acercando al estacionamiento. Era como una gran imagen obsesionante, que borraba la presencia de cualquier otra cosa. Como si sólo aquel rostro pudiese abarcar todas las posibilidades de visión de la especulativa anciana…

Y de pronto, aquel rostro desapareció.

Desapareció.

Pero en un estallido rojo.

Aquel rostro agradable e inteligente explotó, saltó por el aire, esparcido en diminutos pedazos de huesos, piel y carne…, y el cuerpo salió proyectado hacia atrás brutalmente, con tal fuerza que los pies se alzaron a una altura superior a la que había estado la reventada cabeza. Fue a caer cerca de los pies de uno de los policías italianos que le seguían, y quedó allí, arrugado, retorcido grotescamente.

Por un instante, la sorpresa fue tal que nadie se movió. Ni siquiera la anciana. ¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría? ¿Cómo…?

Por detrás de la anciana, entre los coches, sonó un disparo, y se oyeron los gritos de un hombre, en italiano. Sonó otro disparo, y más gritos. La anciana se volvió, y vio, en primer lugar, la gorra del uniforme de un policía italiano, desplazándose velozmente entre los vehículos. Luego, le pareció ver la cabeza descubierta de otro hombre que corría, alejándose hacia el lado derecho del estacionamiento.

Otro disparo más, y la cabeza descubierta desapareció de la vista de la anciana.

Ahora se oían silbatos policiales, más gritos, carretas apresuradas, órdenes en italiano. La anciana se volvió hacia donde

Mikulas Czapok había sido derribado. Junto a él, arrodillado, estaba Mihail Novorov, y de pie a su lado, pistola en mano, los otros dos rusos. Los policías italianos corrían hacia ella, también pistola en mano, y la anciana se apartó ágilmente de su camino.

Se desentendió de ellos, de sus gritos y toques de silbato, y se acercó, muy excitada, adonde yacía Mikulas Czapok. Se detuvo muy cerca de éste y de Novorov, mientras los dos camaradas de éste no sabían qué hacer,

—*Mon Dieu*! —exclamó la anciana, con acento parisino—. *II est tué*?

Mihail Novorov se incorporó, y se acercó a ella, que parecía incapaz de apartar la mirada de aquella cabeza destrozada. La pregunta de si lo habían matado era por demás innecesaria: nadie podía sobrevivir con la cabeza destrozada de un balazo…, cuya detonación no se había oído, por cierto.

—*Allez, Madame* —pidió Novorov, en francés no menos perfecto —. *Allez, vous plait, allez*

*s'il*

.

—*Mais le bon homme il est…*

—*Je vous en prie, Madame: allez, allez…*

La tomó de un brazo, y la apartó, la alejó. Los otros dos rusos, apoyados por policías italianos que llegaban procedentes de todas partes, formaron una barrera alrededor del cadáver de Mikulas Czapok. Barrera innecesaria, pues, excepto la temeraria anciana, nadie osaba acercarse; más bien, las personas que había cerca se habían apresurado a buscar refugio, por lo que pudiera seguir ocurriendo.

La anciana llegó a la entrada del aeropuerto, y allí se detuvo, mirando hacia donde habían corrido la mayor parte de los policías italianos. Estaban ahora agrupados en el borde del estacionamiento, y miraban al suelo. Dos de ellos se apartaron del grupo, acercándose a Mihail Novorov. Antes de que llegaran allá, la anciana vio el rifle en las manos de uno de ellos… Permaneció allí, inmóvil, como un ser insignificante, desapercibido.

Los dos policías llegaron ante Novorov, y el que portaba el rifle se lo tendió. Un hermoso, formidable rifle, que la anciana pudo ver e identificar perfectamente, con su grueso silenciador en la boca de

fuego, la mira telescópica. Un rifle de tirador profesional.

La anciana dio la vuelta, entró en el aeropuerto, y fue a sentarse en uno de los sillones, mirando a través de los grandes cristales hacia el grupo que examinaba el rifle. Ajena al pánico que se había producido en el aeropuerto, estuvo allí, inmóvil, mirando a unos y a otros hasta que, finalmente, llegó una ambulancia, en la que fue colocado el cadáver de Mikulas Czapok, y luego, el del tirador profesional que lo había matado, y que, a su vez, había caído bajo las balas de uno de los policías italianos.

El cual, por cierto, estaba dando ahora explicaciones sobre lo sucedido, con esa formidable y característica mímica italiana; era como si la anciana estuviese allí mismo, oyendo las explicaciones del alterado *giallo*, que todavía tenía su arma en la mano, como si no supiese ya qué hacer con ella. De los gestos del policía se desprendía que, simplemente, él había estado por aquella parte, y, de pronto, había visto u oído algo a su izquierda. Había mirado, vio a un hombre que salía corriendo con el rifle, sacó su arma, disparó una vez, dos veces, tres veces…

Todo el grupo que estaba mirando alzó, de pronto, la cabeza. La anciana hizo lo propio, mirando hacia el luminoso cielo primaveral. Y allá estaba el helicóptero, llegando… Evolucionó una sola vez por encima del estacionamiento, y luego desapareció a toda velocidad hacia el Norte.

—Admirable… —musitó la anciana—, admirable de verdad.

Se puso en pie, salió del aeropuerto…, y se quedó como clavada al suelo, de pronto, muy pensativa. Volvió a entrar, se sentó, colocó el maletín sobre sus rodillas, las manos sobre el maletín, y se quedó así, inmóvil, durante no menos de cinco minutos.

—Sí —decidió—: voy a poner ese telegrama.

Diez minutos más tarde, después de haber enviado un telegrama, la anciana salía del aeropuerto definitivamente, tomaba un taxi, y pedía que la llevasen a Roma.

* * *

Simón I abrió la puerta del apartamento, vio a la anciana, y suspiró aliviado.

—Gracias a Dios… Empezábamos a temer que le hubiese

ocurrido algo…

—Estoy bien —dijo la anciana, entrando en el apartamento—. ¿Saben ya lo ocurrido?

—Claro. Nuestros compañeros fueron al aeropuerto nos lo han dicho por radio. Ha tardado usted mucho, y temíamos…

—Ya ven que no hay nada que temer. Pero tenemos que trabajar, y mucho.

—¿Vamos a ir por Marya Czapok…?

—Desde luego que no. A partir de este momento todavía será más difícil acercarse a ella.

—O sea, que definitivamente hemos perdido la partida.

—Todavía no. Y le diré una cosa, Simón: ahora soy yo la que tiene hambre de ese archivo.

—¡A buena hora! —masculló Simón II, tumbado en uno de los sillones del saloncito—. Usted misma ha dicho que será aún más difícil que antes acercarse a Marya Czapok y a su amigo Antonin Stefan. Hemos perdido toda posibilidad.

—Quizá… Pero en realidad, todo depende de lo que haga Mihail Novorov. Si decide llevarse a Marya Czapok a Rusia, cosa que ahora puede hacer, pues ha llegado a un acuerdo con el servicio secreto italiano, entonces, desde luego, ya no podremos hacer absolutamente nada. Pero quizá Novorov piense en una jugada menos… violenta. Y más astuta, por supuesto.

—¿Qué jugada?

—Nuestro colega ruso tiene ahora dos caminos: llevarse a Rusia a la viuda y a su acompañante, aprovechando sus convenios con los italianos, o engañarla.

—Entendemos la primera posibilidad. Pero ¿qué clase de engaño puede prepararle Novorov a la Czapok?

—Puede decirle que su marido no ha llegado en ese avión, que llegará esta noche, o mañana. Y mientras tanto, ir convenciéndola de que acepte otras condiciones, o sonsacarla… Engañarla, de un modo o de otro.

—Es mucho más simple llevarla a Moscú, romperle unos cuantos huesos, y obligarla a decir dónde está el archivo. Es fácil, simple y efectivo. Ya no tiene problemas para sacar de Italia a esos dos imbéciles. En realidad, la muerte de Mikulas Czapok les ha simplificado las cosas a los rusos…, siempre teniendo en cuenta que

ya han hecho un trato con los italianos.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Simón I—: para matar a Czapok y todo eso, no necesitaban sacarlo de Rusia. ¿Qué objeto tendría montar toda esa farsa de traerlo aquí para que lo matasen? Ahora bien, lo de llevarse inmediatamente a Marya Czapok a Rusia sí me parece lo más conveniente para los rusos. Pero ya te digo: contando con la colaboración de los italianos, podían haber hecho eso sin necesidad de traer aquí a Czapok para que lo matasen. Además, el hombre que lo ha matado ha muerto a su vez… ¿No es así, Baby?

—Sí… Lo ha matado un policía italiano. ¿Cómo están nuestras relaciones con la policía italiana actualmente?

—Tenemos un par de buenos amigos.

—¿Lo bastante buenos para facilitarnos un informe completo y detallado sobre lo sucedido?

—Desde luego.

—Pues vaya usted mismo por ese informe. Y cuanto antes lo tengamos, mejor. Usted, Simón II, tome el mando de nuestro grupo… Que no dejen de vigilar el Albergo Colombo, pues quiero saber si se llevan a Marya Czapok y a Antonin Stefan, pero que no intervengan, que no intenten nada.

—¿Vamos a dejar que se los lleven? ¿Eso es todo?

—No podemos hacer otra cosa. Cuando el juego está sólo entre espías, y podemos trabajar en silencio y a nuestro modo, hay siempre alguna posibilidad. Pero, interviniendo la policía italiana, tenemos todas las de perder. Pueden acumular docenas de hombres. Ya les digo que nuestra única esperanza es que Novorov decida engañar a Marya Czapok, reteniéndola en el hotel. Si así ocurre, tengo una jugada muy especial para los rusos y los italianos.

—¿Qué jugada?

La anciana sonrió secamente.

—Muy especial —susurró.

—Bien… Ya nos dirá de qué se trata. Nosotros vamos a cumplir sus órdenes. Oiga… ¿No cree que podría sonsacarle algo, a Novorov, hablando con él por la radio que le entregó ayer?

—Quizá sí. Pero si no es él quien me llama a mí, es que no hay nada que hacer.

—¿Cree que él la va a llamar? —se asombró Simón II.

—Es posible que lo haga. Y si lo hace, habrá perdido la partida. Yo me quedo aquí, esperando ese informe de nuestros amigos de la policía italiana… y la posible llamada de Mihail Novorov.

# Capítulo VI

Mihail Novorov llamó a la agente Baby exactamente a las tres y cinco de aquella tarde. Es decir: debía ser Novorov, lógicamente, quien la llamaba por aquella radio…, que la señorita Montfort estuvo contemplando fríamente, unos segundos antes de atender la llamada.

—¿Sí?

—¿Señorita Connors?

—Hola, Mihail.

—Hola. La supongo enterada de lo sucedido en el aeropuerto.

—Naturalmente. Ahora estoy esperando un informe completo de unos amigos de la CIA, en la policía italiana.

—Ah. Bien, no ha debido molestarse por eso: yo mismo puedo ofrecerle esos informes, que, por otra parte, son muy simples.

—¿De veras? Bueno, ya que es usted tan amable, le escucho.

—Ya sabe usted que han matado a Mikulas Czapok, de un disparo de rifle. Un rifle de profesional. Un americano.

Brigitte Montfort parpadeó.

—¿El tirador era americano? —susurró.

—Según su documentación, sí. Se llamaba Norton Hayes. La policía italiana ha averiguado ya que llegó ayer a Italia, procedente de Estados Unidos… ¿Usted no sabía eso?

—¿Yo?

—O la CIA, si lo prefiere mejor.

—¿Está sugiriendo que ese Norman Hayes ha sido enviado por la CIA?

—Bueno… Solamente le he preguntado si usted sabía algo de esto.

—No. En absoluto. Pero le diré que me parece estúpido que la CIA envíe a otro agente, sabiendo que yo estoy aquí.

—Sí, claro… Pues no lo entiendo, la verdad. Claro que la

documentación de ese americano puede ser falsa. Es más, quizá ni siquiera sea americano… Supongo que la policía italiana se pondrá en contacto con la americana, y que aclararán la personalidad del tirador, Pero, mientras todo esto se soluciona, por conductos que no me interesan, yo la necesito a usted.

—¿Tengo que reír el chiste?

—Sólo quiero saber si está dispuesta a que… reanudemos el trato que ayer no pudo cumplirse, por la terquedad de Marya Czapok.

—¿Acaso ella ha cambiado de opinión, al saber que su marido ha sido asesinado?

—Bien… El caso es que…

—¿No se lo ha dicho? ¿Ella ignora todavía que su marido ha muerto?

—Pues…, sí, en efecto, lo ignora.

—Dígaselo, a ver qué pasa. Quizá se asuste, y se conforme con que la dejen escapar a ella.

—Yo preferiría… hacer las cosas de un modo menos brutal, francamente. Además, en general, las mujeres tienen unas reacciones… imprevisibles. Quizá a Marya Czapok le dé por buscar complicaciones inesperadas si se entera de que su marido ha muerto.

—¿Qué clase de complicaciones?

—No lo sé, pero… Mire, ya se lo dije: yo sólo quiero el archivo de Mikulas Czapok. Lo demás no me importa. Y temo continuamente que algo imprevisto estropee todo mi trabajo. Como la muerte de Czapok. No quiero más problemas. Si usted me ayuda, podemos intentar de nuevo convencer a Marya Czapok, y yo conseguiré, de una vez, ese maldito archivo.

—¿Y si no le ayudo?

—No sé lo que haré. Pero supongo que recibiré muy pronto la orden de llevar a Marya Czapok y a Antonin Stefan a Moscú.

—Eso sería lo más simple para usted.

—Bueno. Quizá. Pero sería contando con que Marya Czapok no haya previsto esto. Es una mujer inteligente, aunque sea tan terca. Si ella ha previsto que podemos llevárnosla a Rusia, como hicimos con su marido, es posible que tenga algún amigo que, en cuanto la vea salir, se apresure a comunicar con la CIA y les diga a ustedes

que puede entregarles el archivo.

—Entiendo… —rió Brigitte—. De donde se desprende que usted no puede sacar a Marya Czapok del hotel sin correr ese riesgo: el de que ella lo haya previsto y, en represalia, envíe a algún amigo desconocido a entregar el archivo a la CIA. Zambomba, colega, ¡es usted de una desfachatez tremenda al pedirme ayuda, tal como están las cosas!

Bien… Me pareció que usted no sentía interés por ese archivo, y sí lo sentía, en cambio, por algunas vidas humanas, Baby. Luego, hay otra cuestión, y es que alguien, aparte de nosotros, está interviniendo, por supuesto teniendo como objetivo el archivo de Czapok. De momento, han matado a éste. ¿Qué más harán? Si seguimos utilizando las armas, las cosas acabarán muy mal para todos, ¿no cree?

—Sí.

—Entonces, ¿reanudamos el trato?

—¿Puedo darle la respuesta dentro de unas horas, Mihail? Estoy esperando algunos datos, y ahora tendré que interesarme por ese hombre con documentación americana, Norman Hayes. La verdad, me gustaría que no hubiese más muertos, pero tampoco quisiera cometer alguna tontería.

—Eso es tanto como admitir que la CIA puede haber enviado a Norman Hayes para que mate a Mikulas Czapok, y de este modo su mujer sienta el impulso de entregarles a ustedes el archivo, creyendo que su marido ha sido asesinado por los rusos… Y me parece una jugada de las más puercas, francamente.

—Estoy de acuerdo con usted —susurró Brigitte—. Pero hasta dentro de unas horas, no podré darle una respuesta. Lo siento.

—¿Cuántas horas?

—No sé… Cuatro, seis, diez… No lo sé.

—Mire… Son las tres y diez de la tarde. Le diré lo que pienso hacer: si antes de las nueve de la mañana usted no ha aceptado mi trato, procederé a llevarme a Rusia a Marya Czapok y a Antonin Stefan, y que pase lo que tenga que pasar. Recuérdelo: si a las nueve de la mañana no lo hemos solucionado entre usted y yo, a esa hora me llevo a esos dos estúpidos a Moscú.

—De acuerdo —dijo secamente Brigitte—. Si decido reanudar mis buenas relaciones con usted, le llamaré. Si no le llamo, es que

cada cual puede hacer lo que guste, pues no habrá trato. Adiós.

Cortó la comunicación. Luego, efectuó una llamada por su radio.

—Adelante —oyó.

—Quiero hablar con Simón I.

—Estoy a la escucha, Baby —sonó la voz de Simón I ahora—. Dígame qué desea.

—He sabido que el hombre que disparó contra Mikulas Czapok llevaba documentación norteamericana, a nombre de Norman Hayes… ¿Es correcto este dato?

—Estoy esperando el informe. No creo que tarde mucho, pero todavía no puedo darle una respuesta exacta.

—Está bien. Espere a recibir el informe, pero mientras tanto, quiero que recurra a nuestros sistemas de comunicación más rápidos, con prioridad absoluta. Envíe el nombre de Norman Hayes a la Central, y que lo investiguen. Que recurran a la policía, al FBI, al Servicio de Información de la Marina, del Ejército…, a todo el mundo. Quiero saber cuanto antes si Norman Hayes es verdaderamente un norteamericano, a qué se ha estado dedicando, quiénes se han relacionado con él y cuándo, dónde…

—Sí, sí, sí, entiendo. Me ocuparé de eso en seguida. ¿Cómo ha sabido ese nombre?

—Mihail Novorov me ha llamado.

—Ah… ¿Y realmente eso quiere decir que el ruso ha perdido la partida, que nosotros vamos a conseguir ese archivo?

—Sin la menor duda, ahora.

—Caray. Vaya, magnífico. Pero si he de decirle la verdad, en estos momentos tengo más interés por saber cómo va a conseguir usted el archivo que por el propio archivo. ¿Algo más?

—No, Simón. Hasta luego.

—Hasta luego. Procuraré llevarle ése informe cuanto antes. Y dejaré a dos muchachos en nuestra emisora para que reciban los informes sobre Norman Hayes y nos los comuniquen en el acto.

—Estupendo.

Brigitte Montfort cerró también esta radio, miró su relojito, y quedó pensativa unos segundos. Luego, cogió su maletín, y abandonó el apartamento.

Regresó a las cinco y veinte, con un paquete. Simón I estaba esperándola, y miró con curiosidad el paquete.

—¿Qué trae ahí?

—Artículos para bromas. ¿Tiene el informe?

—Sí. La he estado llamando por la radio, y empezaba a preocuparme, al no recibir respuesta…

—Estaba de compras, no podía atenderle. Veamos ese informe —miró su relojito, efectuó un cálculo mental, entornando los hermosísimos ojos—. Debe estar a punto de llegar.

—¿Quién?

Brigitte le miró, sonrió, tomó el sobre con el informe, y se sentó en un sillón. Encendió un cigarrillo, y comenzó a leer. Por supuesto, las cosas estaban allí mucho más detalladas que la escueta información facilitada por Mihail Novorov, pero, en definitiva, nada nuevo aportaban a lo que ya sabía. Excepto el nombre del policía italiano que había abatido al tirador llamado Norman Hayes. Se llamaba Martino Carosone.

—Me suena este nombre… —musitó Brigitte—. Carosone…

—No sé qué se ha hecho de él, pero antes había un cantante que se hizo muy famoso: Renato Carosone.

—Ah, sí… —rió la espía—. Supongo que este policía no será pariente del cantante. ¿Este es su domicilio? Vía Prattina, 32…

—Sí. Esto está cerca de la Piazza di Spagna.

—Ya sé… Bueno, Simón, ahora quiero que escuche usted muy atentamente mis instrucciones, todas ellas encaminadas a conseguir ese archivo. Vamos a dejar a los rusos con siete palmos de narices.

—Estupendo… —Se frotó Simón las manos, soltando una risita —. ¡Estupendo, estupendo! ¡Soy todo oídos!

—Y cerebro —alzó Brigitte un dedito—: si olvida usted algo, nos vamos a ver todos en apuros, Simón.

—No olvidaré nada —aseguró el espía.

—Muy bien. Veamos: lo primero que…

Debían ser casi las seis de la tarde cuando Simón había repetido ya dos veces las instrucciones de la agente Baby, de modo que ésta quedó satisfecha, y convencida de que al espía no se le olvidaría nada.

Y pasaban solamente siete u ocho minutos de las seis cuando la radio que Brigitte tenía junto a ella, sobre la mesita, emitió un solo zumbido. Brigitte la tomó, y Simón, que la miraba atentamente, vio el cambio en la expresión de la espía, que, una vez más, estaba

demostrando ser la más implacable del mundo. Implacable y feroz, porque si todo lo que ella le había dicho era cierto, había motivos para sentir auténticos escalofríos… Pero no en aquel momento, contemplando el rostro arrebolado de Baby, el brillo de sus ojos cuando la radio volvió a emitir otro zumbido, y ella abrió el canal.

—¿Sí? —musitó.

—¿Subo? —Se oyó la voz masculina.

—No. Yo bajo en seguida, mi amor.

Cerró la radio, la guardó, cogió el paquete y el maletín, y miró a Simón, que asintió con la cabeza, sonriente.

—Tranquila, no olvidaré nada, ya lo sabe. Esto es fantástico: cuando la vi en el aeropuerto, pensé que no podía haber una muchacha más linda que usted en todo el mundo. Y me equivoqué: usted misma, ahora, está más bonita que hace unos minutos, y que ayer en el aeropuerto. ¿Cuál es el truco?

—Amar —dijo Brigitte.

Salió a toda prisa del apartamento, bajó a la calle, y comenzó a caminar, en dirección al Coliseo… Caminó muy poco. Un coche oscuro se detuvo a su lado, y una mano grande, nervuda, quemada por el sol, abrió desde dentro la portezuela de aquel lado. Ella tiró el paquete hacia el asiento trasero del coche, y se sentó junto al conductor, mirándole con los ojos muy abiertos, y una dulce y anhelante expresión en ellos.

—¿Qué tal? —saludó con indiferencia el hombre del rostro bronceado y ojos negrísimos.

Ella le tomó una mano, y la deslizó sobre su seno izquierdo, apretándola, para mantenerla luego inmóvil sobre su corazón. El impresionante atleta de aguda barbilla y boca que parecía un corte en una roca movió la cabeza.

—Deberías cuidarte —comentó—: tienes más pulsaciones de las que conviene.

—Y si no me besas pronto, vas a conseguir que mi corazón salte en pedazos —susurró Brigitte.

—De todos modos, algún día, los rusos u otros cualesquiera te harán pedazos.

—¡Oh! Uno, por favor. ¡Por favor!

Tomó la otra mano de Número Uno, y se la colocó sobre su seno derecho, acercándose a él en el asiento. Dejó las manos de él sobre

sus senos, y se abrazó al cuello del mejor espía de todos los tiempos, que deslizó las manos hacia la cintura, luego hacia la espalda y la nuca, y pareció hundirla en su amplio pecho, en un abrazo poderoso y suave, que se completó cuando las bocas de ambos se unieron ansiosamente.

Por detrás del coche de Número Uno, los claxon de otros vehículos comenzaron a sonar, impacientes. Lo que no sabían los conductores de aquellos vehículos era que los ocupantes del coche que entorpecía la circulación tenían unos nervios a prueba de muchísimo más que unos cuantos claxons. Junto al vehículo pasaban los coches de las otras filas, y unas risas y unas voces de jolgorio llegaron hasta la pareja de espías más sensacional del mundo.

—*Amore, dami un baccio, amore*! —Llegó una voz.

¡Mooooccc, moooccc…!

Brigitte Montfort separó su boca de la de Número Uno, y suspiró.

—Me… me parece… que estamos… entorpeciendo el tráfico… —jadeó.

—Puedo quemar Roma, y así no habrá tráfico.

—¡No! —rió ella, con los ojos brillantes como un millón de estrellas—. ¡Ya fue suficiente con un Nerón!

Número Uno asintió, y arrancó. Por detrás, el clamor de claxons aumentó, como última protesta, antes de cesar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Número Uno.

—Daremos un paseo, mientras te lo explico todo.

Luego, iremos al Albergo Colombo. ¿Estabas haciendo algo importante, cuando te llegó mi telegrama?

—Sí.

—¿Qué hacías?

—Estaba limpiando el palomar.

—¡Oh! Lo siento, mi amor.

—No te preocupes. Es un gran privilegio ser llamado nada menos que por la agente Baby.

—Siempre que estás unos cuantos días sin verme, te encuentro de pésimo humor. Y desde luego, sólo una muchachita tan dulce como yo es capaz de soportar tu mal carácter. Apuesto a que te sentías muy feliz en tu Villa Tartaruga. En la bella isla de Malta, a

pleno sol con tus palomas, el mar al fondo… Y entonces, ¡zas! llega el telegrama, tienes que dejarlo todo, tomar tu avioneta, volar a Fiumicino, ser recogido allá por uno de tus amigos romanos, venir a buscarme… Sí, supongo que te he molestado.

Número Uno la miró de reojo brevemente, y asintió:

—Mucho.

—Oh, Dios mío, ¡eres un antipático, mi amor!

—No me gusta que mis palomas estén sucias.

—Seguramente, las tratas con más dulzura que a mí.

—Por supuesto.

—Oh… ¡Oh!

—A fin de cuentas, ellas me quieren más que tú.

—Santo cielo —gimió Brigitte—. ¿Cómo puedes decir eso?

—En varios idiomas.

—Muy bien… ¿Cómo quieres que te demuestre que yo te quiero más que todas tus palomas juntas? —rió Brigitte.

—Deja lo que sea que estés haciendo, y regresemos juntos ahora mismo a Villa Tartaruga.

—De acuerdo. Vamos allá ahora mismo.

Número Uno la miró, y, de pronto, sonrió. Una de sus escasísimas sonrisas, que dejaban siempre a Brigitte estupefacta, maravillada, fascinada.

—¿Y dejarás a tus niños solos en Roma?

—Haré… lo que tú me pidas.

—Sólo con esto, ya me has convencido —susurró Número Uno —. Ahora, vamos a terminar ese asunto.

# Capítulo VII

A las siete y media de la tarde, un coche se detuvo delante del Albergo Colombo, y el portero acudió inmediatamente a abrir la portezuela, acompañado de un botones, que corrió para abrir la del otro lado.

Del coche se apearon un hombre y una mujer. De lo más corriente y vulgares ambos. Ella tenía los cabellos y los ojos negros, vestía muy discretamente, y parecía tener cerca de cincuenta años. El hombre era más alto, un poco encorvado, y sus cabellos eran grises; podía tener cincuenta y cinco años. Un matrimonio, naturalmente… No había en ellos absolutamente nada que llamase la atención.

Seguidos por el botones con el equipaje, compuesto únicamente por dos viejas maletas, entraron en el hotel, hacia la conserjería, donde se presentaron como los señores Tomasini, de Nápoles, recién llegados en coche desde esa ciudad.

Por fortuna, había sitio en el hotel. *Suite* 104, en el primer piso. Subieron en pos del botones cargado con las dos maletas, pero no con el maletín de la señora, de color negro, que prefirió llevar ella misma.

Tras su propina generosa, pero discreta, al botones, ambos quedaron solos en la *suite*. La puerta fue cerrada con llave, y la dama miró al caballero.

—¿Cuánto calculas que tardarás? —preguntó.

—Diez minutos como máximo.

Ella asintió, y ambos miraron su reloj y el del otro. El caballero hizo una corrección en el suyo. Luego, colocó una de las maletas sobre la cama del dormitorio y comenzó a sacar cosas. La dama abrió su maletín, y sacó una pistolita de cachas de madreperla, que deslizó en un bolsillo del vulgarísimo abrigo. Luego, de un tarro de crema facial que tenía un doble fondo, sacó media docena de lo que

parecían simples grageas de algún medicamento, protegidas en sus fundas de papel de aluminio, y también las guardó en un bolsillo. Cerró el maletín, y miró al caballero, que se había quitado ya la peluca de grises cabellos, y se estaba pasando un paño húmedo de alcohol por el rostro, borrando el maquillaje que lo envejecía.

La dama miró su relojito.

—Ocho minutos —susurró—. ¿Subo ya, mi amor?

—Sí.

—Hasta ahora.

Con el maletín en la mano izquierda, la dama salió del dormitorio, y luego de la *suite*. Con toda naturalidad y tranquilidad, subió al segundo piso. Su mirada, amable, sonriente, fue hacia los dos policías de uniforme que montaban guardia ostensiblemente ante la puerta marcada con el número 209. Los dos policías la miraron, pero sin ningún interés.

Ella fue hacia la puerta de enfrente de la 209, y se detuvo allí. Con gran parsimonia, sacó el estuche de papel de aluminio, y desprendió de él una de las grageas. Ahora sí la observaban los dos policías con cierto interés. Interés y amabilidad, pues parecía evidente que la pobre señora no se sentía demasiado bien, y se disponía a ingerir su medicamento.

Un medicamento altamente curioso.

De pronto, la dama se volvió completamente hacia ellos, y lanzó la gragea, con fuerza, contra el pecho de uno de los policías. Hubo en éstos un instante de sorpresa…, y ya no tuvieron tiempo de nada más. Mientras la dama, que había contenido la respiración y oprimía con ambas manos su boca y nariz, los contemplaba, ellos cayeron al suelo, instantáneamente dormidos. Luego, la dama fue hacia la puerta que, en dos ocasiones, había visto cerrarse tan sigilosamente.

Se detuvo ante ella, desprendió otra gragea del estuche blando, y llamó, tras esperar unos segundos.

—¿Quién es? —susurraron al otro lado, en italiano.

—Me envía Mihail —susurró ella también, en ruso.

La puerta se abrió unos centímetros solamente…, pero la dama acabó de abrirla por un procedimiento simplísimo: cargó contra ella con un hombro, sin brusquedades, pero con firmeza tal que el hombre que había al otro lado salió despedido y cayó al suelo. Allí

se revolvió, llevó la mano derecha a la axila izquierda…, y la gragea cayó junto a él, en el suelo. El hombre abrió la boca, puso los ojos en blanco, y quedó dormido, mientras la dama, con toda rapidez, había vuelto a proteger su nariz y su boca.

Su mirada se alzó, ligeramente alarmada, cuando apareció el otro hombre, procedente del dormitorio, corriendo. El hombre tuvo tiempo de verla. Y eso fue todo. Sus ojos giraron, sus piernas se doblaron, y cayó de bruces.

La señora Tomasini dio media vuelta, y salió de la *suite*, ajustando la puerta tras ella. Llegó adonde yacían dormidos los dos policías, felicitándose por la suerte que estaba teniendo, hasta el momento, de que nadie apareciese en el pasillo. Retiró sus manos de la nariz y la boca, se inclinó, y con cada mano asió un tobillo de uno de los policías. Luego, con admirable energía, los arrastró hacia la *suite* donde yacían dormidos los dos agentes rusos que estaban a la escucha de lo que se hablase en la *suite* 209, empujó la puerta con la espalda, y entró, arrastrándolos siempre. Los dejó a un lado, cerró la puerta, y penetró en el dormitorio.

Se quedó unos segundos contemplando con irónica sonrisa la instalación del receptor-grabador que estaban utilizando los rusos, y que funcionaba en aquellos momentos, por supuesto. Vaciló un instante, miró su relojito, vaciló de nuevo… Movió la cabeza negativamente, y luego salió del dormitorio y en seguida de la *suite*, cerrándola.

Instantes después, llamaba a la puerta de la 209.

Y tres o cuatro segundos más tarde, oía tras la puerta la voz de Antonin Stefan. No entendió las palabras, pero tampoco importaba.

—Abra, señora Stefan: soy Lili Connors —dijo en ruso.

La puerta se abrió, dejando ver el expectante rostro del checo. Expectación que se convirtió en sorpresa y alarma, al ver aquel otro rostro, desconocido completamente para él. Intentó cerrar la puerta, pero la señora Tomasini había introducido ya un pie entre ésta y el marco.

—No sea estúpido: soy yo, pero disfrazada. Es urgente que hable con Marya Czapok, si ustedes quieren llegar vivos al día de mañana. ¡Vamos, apártese!

Empujó, y entre su presión y la sorpresa de Antonin Stefan, consiguió abrir. Entró, cerró tras ella, y asió al checo por un brazo.

—Vamos a hablar con la señora Czapok. ¿Están solos? —Se detuvo en seco, de pronto.

—Sí… Sí…

La señora Tomasini entró en el dormitorio, llevando al apuesto atleta asido por el brazo. Marya Czapok estaba también aquella vez en el rincón, muy abiertos los ojos, asustada…

—Señora Czapok —espetó rudamente la señora Tomasini—, tengo una mala noticia para usted: su marido ha sido asesinado esta mañana en Fiumicino.

Marya Czapok se llevó las manos al pecho, y su boca quedó abierta en el gesto de un grito que no llegó a brotar. Luego, miró a Antonin Stefan, y de nuevo a la dama desconocida.

—Soy Lili Connors —comprendió ésta el desconcierto de la Czapok—. Estoy disfrazada, naturalmente. Y ustedes también van a disfrazarse: los vamos a sacar del hotel, antes de diez minutos.

—No… no es posible.

—Es perfectamente posible, ya lo verá.

—Quiero… quiero decir que no… que no han matado, a Mikulas… El agente ruso que…

—Si va a hablarme de Mihail Novorov, no se moleste. Le conozco bien. Es un buen muchacho, pero, evidentemente, tiene que hacer las cosas de modo favorable a sus propósitos. Le ha engañado: el viaje de Mikulas Czapok no ha sido aplazado, ni nada parecido. Llegó esta mañana, y un asesino profesional disparó contra él, con un rifle provisto de silenciador y mira telescópica. Le voló la cabeza. Esta es la única verdad, señora Czapok, pero si usted insiste en vacilar, en perder el tiempo, en dejarse llevar por el dolor o el desconcierto, yo me voy ahora mismo, bien a mi pesar, porque sé que muy pronto serán eliminados. ¿Me he explicado bien?

—Hasta yo la he entendido —dijo Stefan, en ruso—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Salir del hotel, y…

—Imposible. Sabemos que los rusos y la policía italiana están…

—Olvídelos a todos. Ahora, desnúdense los dos.

—¿Qué… que nos… desnudemos…? —tartamudeó Marya.

—Eso he dicho. ¡Pronto!

Marya y Antonin cambiaron una mirada. En seguida el checo comenzó a desnudarse, y ella le imitó.

—No hace falta que queden completamente desnudos. Pueden conservar la ropa interior —dijo la señora Tomasini, mirando su relojito—. Sigan con ello.

Salió del dormitorio…, y regresó un minuto más tarde, acompañada de un hombre… que causó la más grande estupefacción en los dos checos.

Era alto, atlético, rubio, de ojos claros… Imponente, impresionante. Llevaba una maleta que dejó cerca de ellos, mientras la señora Tomasini procedía a su vez a desnudarse rápidamente. Antonin Stefan dejó de contemplar a aquel hombre que parecía hecho a su imagen y semejanza de un modo increíble, y se dedicó a contemplar a la mujer que él conocía como Lili Connors. Ésta se estaba terminando de desnudar, tirando las ropas hacia Marya Czapok, que estaba ahora en sujetadores y pantaloncitos.

—Póngase estas ropas. Usted, Stefan, póngase las que hay en esa maleta. ¡Vamos, no se duerman!

La idea iba penetrando, al parecer lentamente, en las mentes de ambos checos. El hombre rubio recién llegado se estaba poniendo las ropas de Stefan, y Lili Connors se vestía con las de Marya Czapok.

Una vez cambiadas las indumentarias de los cuatro, Lili Connors Se quitó la peluca de cabellos negros con algunas canas, y la tendió a Marya Czapok.

—Póngasela. Usted, Stefan, póngase la que hay en la maleta… ¿Saben hacerlo?

—No… No.

Lili miró a su silencioso compañero, el cual procedió a ayudar a Stefan a colocarse la peluca de cabellos grises, mientras Lili ayudaba a Marya a colocarse la suya. El resultado, ciertamente, no podía engañar a nadie que estuviese interesado en aquel asunto, pero, para un observador indiferente, Marya Czapok y Stefan podían parecer los señores Tomasini.

Y, al revés, cuando Lili Connors terminó de colocarse la peluca de rojos cabellos, ella y su compañero podían pasar por Marya Czapok y Antonin Stefan. Siempre considerando su aspecto general, su primer golpe de vista, naturalmente.

—Supongo que ya han comprendido lo que vamos a hacer los cuatro —dijo Lili Connors—. Nosotros…

—No vamos a poder engañar a los rusos —dijo Stefan, con voz tensa.

—A los rusos, no. Pero sí a otras personas, especialmente a la Policía italiana, que no los han visto lo suficientemente bien. El plan es muy sencillo…, para ustedes. Dentro de un minuto, salgan de aquí, bajen al vestíbulo, y salgan a la calle. No hagan caso de nada que ocurra a su alrededor. Solamente salgan de aquí, lleguen a la calle, y caminen hacia la derecha de la salida del hotel. Caminen deprisa, no se detengan por nada…, hasta que un coche se pare junto a ustedes. En ese coche irán dos hombres; dos americanos. Uno de ellos les dirá: «Suban, vamos de paseo». Inmediatamente, entren en la parte de atrás del coche, y, a partir de ese momento, no se preocupen por nada, no tomen ninguna iniciativa, déjenlo todo a la decisión de esos dos hombres. Eso es todo.

—¿Y… y ustedes…? —preguntó Marya.

—Nosotros —sonrió la nueva Marya Czapok— vamos a tener una parte un poco más movida.

—Lo entiendo —dijo Stefan—: quieren que crean que ustedes somos nosotros… ¡Pero si los rusos los ven abajo, les dispararán, querrán matarlos, no permitirán…!

—Lo que los rusos permitan, señor Stefan, es una cosa…, y lo que nosotros consigamos es otra cosa muy, muy diferente. Lo siento por los rusos, pero ahora se me ha metido en la cabeza conseguir el archivo de Mikulas Czapok. Ahora, esperen un minuto. Un minuto: ni un segundo más, ni un segundo menos.

Ya no dijo nada más. Salió del dormitorio, seguida por el gigante rubio de ojos claros, que le abrió la puerta de la *suite*. Salieron al pasillo, y ella miró al silencioso rubio.

—Me gustaría no matar a nadie, mi amor —susurró—. Pero no a costa de tu vida.

—Haré todo lo posible.

Ella se puso sobre las puntas de los pies, y le besó dulcemente en los labios.

—¿Estás listo? —susurró luego.

—Siempre.

Bajaron a pie, sin prisas.

Durante los tres primeros segundos de su aparición en el vestíbulo, no pasó nada…, porque los rusos y los policías italianos

que había por allí habían quedado petrificados por el asombro y la incredulidad. Las demás personas que había allí casi no tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que ocurría a partir del cuarto segundo, pues, cuando comprendieron que algo estaba sucediendo, quedaba muy poco por ver.

Uno de los rusos había saltado de su sillón, mirando a la pareja con expresión todavía desorbitada. El otro le imitó rápidamente, tras hacer una seña a los policías italianos…, y en un instante, la pareja que caminaba hacia la salida del hotel se encontró rodeada de hombres de paisano y de uniforme, que convergían hacia ellos.

La pelirroja Marya Czapok movió la mano derecha, y algo pequeño y brillante se desprendió de ella, hacia los dos rusos, que, en aquel mismo instante, parecían más asombrados aún que antes. Sorpresa que era fácil de comprender: se habían dado cuenta de que aquellas dos personas no eran verdaderamente Marya Czapok y Antonin Stefan. Pero no tuvieron tiempo de decir nada al respecto, pues la pequeña cápsula de gas dio en el pecho de uno de ellos, que inmediatamente cayó como fulminado, seguido por el otro y por el policía más cercano a ellos.

Simultáneamente, el falso Antonin Stefan saltaba hacia la derecha, flexionando los brazos, de modo que cuando cayó ante los petrificados policías de aquella parte, sólo tuvo que extenderlos, y los dos salieron disparados hacia atrás, impulsados por los poderosos golpes. Otro policía italiano lanzó un grito, y, finalmente, decidió recurrir a su arma…, mientras Marya Czapok estaba ya en el aire, hacia él, casi por encima de su cabeza, en un salto alucinante. El taconazo en plena frente derribó al italiano, la pelirroja cayó sobre sus pies, como una gata, y, girando como si ejecutase un paso de baile, llegó ante otro policía, descargándole un golpe con el canto de la mano derecha en pleno pecho; el hombre palideció y abrió la boca mientras caía de espaldas, desencajado el rostro, desorbitados los ojos…

Los dos policías que quedaban en pie, más cerca de la puerta que los anteriores, estaban gritando algo, y sacaban sus pistolas, mientras Antonin Stefan corría hacia ellos como una máquina incontenible. Con el hombro derecho golpeó a uno de los policías en el pecho, derribándolo como si fuese un muñeco, y de pasada, hundió el puño izquierdo en el vientre del otro, que lanzó un

alarido, se dobló, cayó de rodillas…, y dirigió la mano hacia donde había caído su pistola.

Marya Czapok intervino de nuevo, apareciendo junto al policía, y propinándole un puntapié en la barbilla que le privó del conocimiento en el acto, tirándolo rudamente hacia atrás.

Antonin Stefan llegó ante la puerta de cristal del hotel, y la abrió tranquilamente.

—Mi amor —invitó.

—Gracias, mi vida.

Salieron los dos, ella primero, él detrás… Apenas estaban en la calle, dentro del hotel comenzó a oírse el silbato de uno de los policías, que de tal modo mostró su desagradecimiento a dos personas que podían haber acabado con todos los presentes en el vestíbulo, en pocos segundos.

En la calle, dos policías oyeron el silbato, y corrieron hacia la puerta del hotel, mirando desconcertados a la pareja que tan tranquilamente salía a la calle.

—¡Corran! —dijo la mujer, en italiano—. ¡Unos hombres están peleando ahí dentro!

Los dos policías se lanzaron hacia el interior del hotel, y mientras tanto, Marya y Antonin echaron a correr, hacia la esquina de la izquierda, a toda velocidad.

Inmediatamente, vieron a los dos hombres que salían de un coche estacionado cerca, sacando las pistolas de sus fundas axilares.

—¡Uno! —gritó Baby—. ¡Hay…!

Plop. Plop. Número Uno estaba disparando ya con su pistola, anticipándose al gesto de Baby de sacar la suya… Y cuando Número Uno disparaba, la cuestión quedaba resuelta: uno de los hombres fue empujado de nuevo al interior del coche por el balazo recibido en pleno pecho, y el otro rebotó contra la portezuela y cayó de bruces en plena calle.

La falsa Marya Czapok volvió la cabeza, y vio saliendo del hotel el enjambre de policías italianos. Miró a su compañero, y comprendió que él también se había dado cuenta…, y ponía remedio a su manera: disparó de nuevo, por tres veces, muy alto, ahora sin querer herir a nadie, pero asustando de tal modo a los policías que éstos, antes de decidirse a replicar al fuego, se dispersaron velozmente en busca de protección.

Y a todo correr ahora, la pareja de falsos checos dobló la esquina, donde un poco más allá, casualmente, estaba parada una furgoneta de reparto de flores, con las puertas de atrás abiertas. De un salto, los dos se metieron dentro, entre gran cantidad de ramos de flores, entre las cuales quedaron ocultos inmediatamente. El rubio gigante sacó un brazo, cerró una portezuela, luego la otra. La camioneta se puso en marcha precisamente entonces.

Un segundo después, aparecía el primer policía, con todas las precauciones propias del caso, y otro segundo más tarde, aparecían sus compañeros, mirando a todos lados. Vieron la camioneta, y dos de ellos todavía llegaron a tiempo de colocarse junto al chófer, que los miró, sobresaltado, y frenó en seco.

—¿Ha visto a un hombre y una mujer…? —empezó el policía.

—¡Sí! —exclamó el chófer—. ¡El hombre era muy alto! ¡Han entrado en ese portal!

—¡Siga su camino, apártese de aquí!

—Sí, señor, ¡en seguida!

La camioneta reanudó la marcha, y el policía comenzó a gritar órdenes e instrucciones. Cuando, tres minutos más tarde, por otro transeúnte, supo que las personas que perseguían no habían entrado en aquel portal, sino en la camioneta llena de flores, el policía italiano comenzó a maldecir, muy pálido… Pero, por mucho que maldijese, ya jamás podría alcanzar la camioneta.

Dentro de la cual, lejos de allí, y rodeados de flores. Número Uno y Baby se estaban besando, ajenos a todo, tendidos en el piso de la camioneta.

—Gracias, mi amor —susurró Baby.

—Tú también me habrías ayudado a mí, ¿no?

—Oh, pero si no lo digo por eso —sonrió ella dulcemente—. ¡Lo digo por tus besos!

—Entonces, tendrás que darme de nuevo las gracias.

Se inclinó sobre la sonrosada boquita, que se le entregó instantáneamente… Baby volvió a rodearle el cuello con los brazos, y emitió un gemidito de dicha…, que se convirtió en un gemido de decepción, cuando él se apartó, de pronto.

—¿No tienes que llamar a tus niños del coche?

—Oh, sí… ¿Dónde habré dejado el maletín…?

Obligó a Número Uno a besarla de nuevo, aprisionando su cuello

con el brazo izquierdo. Y mientras se besaban una vez más, Baby tanteaba a su alrededor, hasta encontrar el maletín. Lo abrió, sacó la pequeña radio, apretó el botón de llamada, y acercó la radio a una oreja de Número Uno, que respingó al oír la voz masculina:

—¿Sí? ¡Adelante!

Número Uno quedó recostado sobre un codo junto a Baby, que, riendo, contestó al requerimiento de Simón I:

—Hola, Simón. ¿Todo bien?

—Sí. Como usted lo planeó. Tenemos en el coche a los dos checos. ¿Hay alguna contraorden?

—Ninguna en absoluto. ¿Ha habido dificultades?

—No. Salieron del hotel, los vimos, y los recogimos. Están muy asustados, pero bien.

—De acuerdo. Nos veremos en el lugar convenido. *Ciao*!

—*Ciao!*

La espía cerró la radio, la dejó en el abierto maletín, y se quedó mirando a Número Uno, que a su vez la miraba fijamente. Ella sonrió, cortó con dos deditos una flor, y se la puso a él entre los cabellos: entre los cabellos auténticos, pues antes le quitó la peluca rubia, dejando al descubierto los de color cobre del mejor espía de todos los tiempos.

El cual, a su vez, retiró la peluca de rojos cabellos de la cabeza de Baby, ella quitó las lentillas de contacto de él, y él las de ella… Brigitte Montfort emitió una risita.

—Si seguimos quitándonos cosas, vamos a quedar desnudos.

—Grave, contratiempo —dijo Uno.

—Estás guapísimo con una flor en la cabeza.

—En cambio, tú no necesitas ninguna flor.

—Oh, Dios mío… ¡Uno, acabas de decirme un piropo!

—No era ésa mi intención.

—Ahora estás antipático.

—Tampoco era ésa mi intención.

—¿Cuál es tu intención, si puede saberse?

—Amarte toda mi vida… Amarte siempre.

Brigitte Montfort cerró los ojos, suspiró, y volvió a abrazarse al cuello de él.

—No puedo pedirte más —susurró.

# Capítulo VIII

Era ya noche cerrada cuando la camioneta se detuvo. En la cabina sonaron dos golpes, y Número Uno y Baby comprendieron que todo iba bien.

Abrieron las puertas, él saltó, la tomó a ella por la cintura, y la depositó en el suelo. El agente de la CIA que había conducido la camioneta apareció junto a ellos, iluminado por la luz del pequeño chalet en cuya puerta aparecía también Simón I.

—Tuve mala suerte —dijo el agente de la CIA—: dos de los policías italianos me vieron, así que podrán identificarme.

—En ese caso, tiene que marcharse de Italia —dijo Baby—. Regrese hacia Roma con la camioneta, déjela en cualquier parte antes de llegar, y vaya a recoger su documentación. Luego, tome el primer avión que salga de Fiumicino. Desde su punto de destino, salga hacia Estados Unidos, preséntese en la Central, y diga que le den una prima extra de diez mil dólares y un mes de vacaciones en las Hawaii.

—¡Caracoles! ¡Y yo he dicho que he tenido mala suerte!

—Regrese inmediatamente. —Brigitte le besó en ambas mejillas —. Y gracias, Simón.

El agente de te CIA miró al impasible Número Uno, de reojo.

—Usted no tiene por qué darle las gracias a ningún Simón —murmuró, volviendo a mirar a Baby.

—Con eso —rió ella— se ha ganado usted otro mes de vacaciones.

—Con uno es suficiente… —sonrió Simón—. Y si supiese que podía volver a trabajar con usted mañana mismo, aunque fuese haciendo tan poca cosa como hoy, ni siquiera querría esas vacaciones.

—Con eso —volvió a reír Brigitte Montfort— se ha ganado un año de vacaciones.

Simón volvió a reír, saludó con la mano, y volvió al volante. Sabía que si le tomaba la palabra a la agente Baby, tendría en efecto un año de vacaciones, y ciento veinte mil dólares de prima extra. Pero, no. Se tomaría sólo un mes…, con la esperanza de que muy pronto pudiese volver a ver a la Reina de la CIA.

Ésta rodeó con un brazo la cintura de Número Uno, y señaló hacia la casita, cuando la camioneta se hubo alejado. Fueron hacia allí, y Simón I indicó la camioneta.

—¿Lo vieron? —preguntó.

—Sí. Fue inevitable. Vamos, a ver a nuestros invitados.

—Están más asustados que unos conejos en una bacanal de zorros.

La divina espía se echó a reír, y caminó hacia la puerta. Pero Número Uno no la siguió, permaneció como clavado al suelo. Ella le miró, extrañada.

—¿Qué ocurre, mi amor?

—Sería preferible que no te viesen así:

—Oh, no hay cuidado. Ellos no…

—Es mejor que nos pongamos la peluca y lo demás.

—Como quieras.

Regresó con él a la zona oscura, abrió el maletín, donde lo habían recogido todo, y los dos volvieron a convertirse en duplicados de Marya Czapok y Antonin Stefan así caracterizados, entraron en la casa. En el pequeño saloncito, estaban los auténticos checos, contemplados con no poca curiosidad y algo de ironía por Simón II, que se puso en pie al ver a Baby.

—Caray… —dijo—. ¡Caray!

—Hola, Simón. Vea si encuentra algo para que nuestros invitados echen un traguito: parecen muy impresionados.

El espía asintió con la cabeza, mirando al falso Antonin Stefan, y cambiando luego una mirada con Simón I.

—¿De verdad es Número Uno? —musitó.

—¿Cree que les estoy engañando a ustedes? —Alzó las cejas Baby.

—No, no. Es que… Bueno, es increíble… Quiero decir que trabajar con usted ya es un privilegio, pero hacerlo a la vez también con Número Uno… Buscaré algo para beber. Quizá haya champaña, caviar y pasteles italianos.

—Eso sí que sería sorprendente. —Baby volvió a mirar a los checos, con gesto amable—. ¿Se les pasa el susto?

—Sí… Sí —asintió Marya Czapok.

—¿Señor Stefan?

—Sí. Le aseguro que no soy demasiado cobarde, pero he pasado muy mal rato.

—Todo es cuestión de costumbre. En cambio, mi… socio y yo nos hemos divertido moderadamente. ¿Verdad, mi amor?

Número Uno encogió los hombros, y fue a sentarse en un sillón, cerca de la mesita donde había visto el paquete de cigarrillos. Encendió uno, y pareció evaporarse, desvanecerse de allí. Simón I miró, asombrado, a Baby.

—Es muy discreto —sonrió ella suavemente—: sabe que soy yo quien dirige esto, Simón. ¿Podemos comunicarnos con Roma?

—Claro.

—Llame. Quiero saber si han llegado ya noticias desde la Central sobre Norman Hayes, el tirador profesional que mató a Mikulas Czapok.

—Muy bien.

Simón I desapareció, y Baby fue a sentarse en otro sillón, de modo que los checos, en el sofá, quedaron entre ella y Número Uno, que los miraba con una indiferencia escalofriante.

—Bien, señora Czapok —murmuró Baby—: usted dirá dónde tenemos que ir para recoger el archivo de su marido.

—Yo…, yo no les dije que… que les entregaría el archivo…

—Lo sé. Pero ¿acaso tiene una solución mejor que la que yo le ofrezco? Ahora, su situación es todavía peor que antes. Mihail Novorov tiene que pensar que está de acuerdo con nosotros, y que, por supuesto, a cambio de nuestra ayuda nos ha entregado el archivo… La única probabilidad razonable de sobrevivir la tienen ustedes en ponerse decididamente de parte de la CIA. Entréguenos el archivo, y yo me encargaré de conseguirles pasaportes de la nacionalidad que prefieran, les daré dinero, y los llevaré sanos y salvos al lugar elegido. Incluso a Estados Unidos, si así lo prefieren.

—Es que…

—Marya, ella tiene razón —dijo Stefan, en mal inglés.

Marya Czapok bajó la mirada, y comenzó a retorcerse las manos. Todas las miradas estaban fijas en ella…

—Sólo hay vino corriente —dijo Simón II, apareciendo con una botella y unos vasos—. Pero está fresco. También hay bastantes latas de conservas, y queso seco. Hacía bastante tiempo que no veníamos por aquí. ¿Quién quiere vino?

Nadie contestó, con lo que el agente de la CIA quedó perplejo. Lo dejó todo en la mesita, junto a Número Uno, y desapareció de nuevo.

—¿Y bien, señora Czapok? —insistió Baby.

—Ustedes no pueden… obligarme a entregarles el archivo.

—Podemos —sonrió Baby—. Pero preferimos no hacerlo. Vamos, señora Czapok: ¿no comprende que nuestras intenciones hacia ustedes son buenas?

Antonin Stefan, que contemplaba a Marya ahora con el ceño fruncido, comenzó a hablar en checo con ella, rápidamente. Marya replicó un tanto desabrida, pero el guapo gigante insistió… Baby miró a Número Uno, que parecía ausente; pero ella sabía que Uno se estaba enterando perfectamente de la conversación, pues hablaba prácticamente todos los idiomas de Europa. Los dos checos seguían discutiendo, pero de pronto, callaron. Número Uno miró a Brigitte, y bajó los párpados una sola vez: Stefan había convencido a Marya Czapok.

—Está bien… —dijo la pelirroja—. Está bien…, les… les diré dónde está el archivo.

—¿Dónde?

—En una maleta, en la consigna de la Estación Termini, en Roma.

—¿A nombre de quién? ¿De usted?

—No… Mikulas la… la envió desde Praga, por tren, a la consigna de la Estación Termini, algunos días antes de que los rusos lo apresaran. Él ya temía que…

—¿A nombre de quién, señora Czapok?

—A nombre de Antonin. Él lo tenía todo preparado, esperaba que nosotros dos pudiésemos escapar.

—Entiendo. Pero no me parece prudente que el señor Stefan se paseé por Roma, en estas circunstancias. Habrá que buscar un medio de recuperar esa maleta con gran discreción. ¿Tiene su pasaporte, señor Stefan?

—Se quedó en el hotel —exclamó Antonin.

—Vaya… Bueno es un problema que resolveremos, estoy segura.

—¿Cómo vamos a salir de Italia sin pasaportes? —preguntó Stefan, inquieto.

—¡Por favor…! —sonrió Baby—. Eso es una minucia, señor Stefan. Tenemos a nuestra disposición docenas de medios para salir de cualquier país, sin ninguna complicación: podemos disponer de avionetas, yates, helicópteros… Deje eso en nuestras… ¿Qué hay, Simón?

Se quedó mirando, un poco sobresaltada, a Simón I, que había reaparecido, seguido de Simón II, ambos visiblemente pálidos. El agente de la CIA le hizo una seña, como queriendo sacarla de allí, pero Baby negó con la cabeza.

—No importa. Diga lo que sea.

—Norman Hayes ha sido identificado.

—Bien… Adelante: ¿quién era?

—Pues…

—¿Qué ocurre? ¡Vamos, vamos, digan lo que sea!

—Era un agente de la CIA. Quiero decir que fue un agente de la CIA.

Baby, que había palidecido a su vez intensamente, parpadeó al escuchar lo que debía ser una aclaración, sin duda.

—¿Qué quiere decir con eso de que fue un agente nuestro?

—Hacía más de dos años que había presentado la dimisión. Desde entonces, se había estado dedicando a actividades particulares. Al parecer, estaba muy relacionado con… con gente importante de Estados Unidos.

—No comprendo.

—Bien. Según acabo de saber, hacía trabajos de espionaje privado para algunos senadores y militares muy allegados a la Casa Blanca. La CIA lo sabía, pero, naturalmente, no podía impedir que uno de sus ex agentes trabajase para personajes importantes del país. A fin de cuentas, todo quedaba en casa, y siempre era mejor saber que Norman Hayes prestaba servicios de poca monta a senadores y militares de alta graduación que tenerlo descontrolado o dedicado a colaborar con diversos servicios secretos, como espía mercenario.

—Entonces… no fue la Central quien envió a Hayes para asesinar a Mikulas Czapok.

—No.

Baby parpadeó, lentamente. Luego, pareció quedar fascinada por sus pensamientos, y estuvo así durante un par de minutos. Por fin, miró a Número Uno, y musitó:

—¿Quieres ir a buscar esa maleta, mi amor?

El falso Antonin Stefan se puso en pie, y, sin el menor comentario, sin mirar a nadie, ni siquiera a Baby, salió del saloncito. Segundos después, en el exterior se oía el zumbido del motor del coche de los Simones, al ser puesto en marcha. Y otros pocos segundos después, el rumor se había alejado hasta que dejó de oírse…

Sólo entonces pareció capaz de reaccionar el auténtico Antonin Stefan, mirando no poco impresionado a Baby.

—¿Cómo va a poder conseguir la maleta? No tiene…

—El día que mi compañero no sepa sacar una maleta de una consigna, señor Stefan, la vida no valdrá la pena vivirla.

—Pero está a mi nombre, y él no lleva ningún documento que pueda identificarlo…

—Eso son minucias. Él tardará unas cuantas horas, pero volverá con la maleta. Tiene amigos muy interesantes, precisamente en Roma: conseguirán un pasaporte checo, le pondrán su fotografía… Todo. No sé cuánto tardarán en hacerlo, pero él volverá con la maleta. Mientras tanto, puesto que aquí estamos seguros y a salvo, nos dedicaremos a descansar.

—Su fe en ese hombre es admirable —susurró Marya.

—Lo admirable, señora Czapok, no es mi fe, sino ese hombre —sonrió Baby—. Él volverá con la maleta.

# Capítulo IX

Número Uno volvió con la maleta poco después de las nueve de la mañana.

Oyeron el coche, y Simón I se acercó a una ventana, para mirar. Sé volvió hacia Lili Connors, asintió con la cabeza, y fue a abrir la puerta de la casita. Poco después, regresaba, acompañado del falso Antonin Stefan, que depositó la maleta a los pies de Lili Connors, sin un solo comentario.

—¿Quieres café? —sonrió ella.

—Ya he tomado en la Estación Termini.

—¿Alguna dificultad?

—No.

—¿La has abierto?

—No. A mí no me interesa su contenido.

—Pues a mí, sí. Vamos a abrirla…

—Voy a permitirme hacerte una sugerencia —dijo Número Uno —. Si quieres salir de Italia no pierdas más tiempo.

—¿Los rusos?

—Están en todas partes —asintió él—. El amigo que me ha confeccionado esta noche el pasaporte checo me lo ha dicho. Lo están removiendo todo, vigilándolo todo. Tienen en movimiento avionetas, coches, lanchas, helicópteros… Un despliegue total. Escapar en las actuales circunstancias ya va a ser difícil, y, si esperas más, la fuga puede convertirse en imposible.

—A menos que se recurra a la violencia por ambas partes, ¿no es así? —susurró ella.

—Cosa que tú quieres siempre evitar —asintió él.

—Bien… —Baby movió la cabeza, preocupada—. Creo que es mejor contener mi curiosidad sobre el contenido de la maleta y ocuparnos de la salida de Italia. Podemos arreglar las cosas para llegar a Fiumicino, donde supongo que dejaste tu avioneta. —Sí.

—De acuerdo. Tú y yo vamos a darnos una vuelta por Roma, con el fin de apercibir a los agentes de la CIA respecto a la actitud a tomar y a solicitar de ellos que nos preparen un canal de fuga hasta Fiumicino. Y lo haremos ahora mismo. Ustedes —se volvió hacia Simón I y Simón II— se quedarán aquí, con la maleta, y cuidando de la señora Czapok y del señor Stefan.

—Muy bien —asintió Simón I—. ¿Quiere que, mientras tanto, veamos de abrir la maleta…?

—No, no. El hecho de que conozcamos su contenido no cambiaría nada, si no consiguiésemos escapar: o llega la maleta a la Central, o nada habrá valido la pena. Tengan mucho cuidado, Simón.

—Descuide. ¿Lleva su radio, para llamar a nuestros compañeros?

—Por supuesto. —Baby mostró el maletín forrado de raso negro —. No se preocupen por nosotros. Hasta la vista.

Salieron los dos de la casa, y fueron al coche. Número Uno se puso al volante, y señaló hacia el asiento de atrás. Baby vio allí otra maleta y sonrió.

—Espero que te hayas acordado de mis medidas —dijo.

—En centímetros, 88-42-93.

—Perfecto… —rió ahora Baby—. Vamos a buscar un sitio adecuado.

Número Uno puso en marcha el coche y se alejaron de la casita. Un par de minutos después, el espía metía el coche por un estrecho sendero, que terminaba en un pequeño claro entre pinos. No había nadie allí, y cuando paró el motor, se oyeron algunos pajarillos. Uno pasó al asiento de atrás, abrió la maleta, y sacó prendas femeninas, que tendió a Lili Connors. Ésta se desnudó completamente, desprendiéndose asimismo de todos los elementos de su disfraz, mientras Número Uno hacía lo mismo…

—¿No quieres comprobar mis medidas? —sugirió ella, sonriendo maliciosamente.

—Las conozco bien.

—Pero… quizá haya engordado.

Uno la miró atentamente. Se inclinó hacia el asiento delantero, y pasó sus manos por toda la anatomía maravillosa de Brigitte Montfort, deslizándolas por la piel que parecía hecha de sol y de oro.

—Yo diría que no has engordado.

—Oh, cielos… ¡eres un antipático! ¡Lo que estoy deseando es que me beses!

—Ah.

El mejor espía de todos los tiempos atrajo a la mejor espía del mundo, y deslizó sus manos por la tibia espalda, mientras besaba los sonrosados labios, lentamente. Fue ella quien se apartó de pronto.

—Será… será mejor que… que…

—Por eso no quería empezar. Si tenemos trabajo, hagámoslo.

—Eres frío como el hielo, mi amor.

La sorprendente sonrisa de Número Uno apareció en su boca, que parecía de piedra.

—¿Tú crees? —inquirió.

Brigitte se echó a reír, todavía arrebolado el rostro. Lo besó en los labios y luego procedió a vestirse, imitada por él. En dos minutos, la sensacional pareja estaba lista para circular sin llamar la atención, vestidos con atuendos deportivos. Aunque lo de no llamar la atención era un poco relativo, pues dos personas como ellos, juntos, no era probable que pasasen desapercibidos, impresionante él, bellísima ella.

—¿Y el microfilme? —preguntó Brigitte Montfort.

Él lo sacó de la ropa que había llevado cuando se parecía a Antonin Stefan. Es decir, sacó una pequeña cápsula de plástico, que Brigitte guardó en el doble fondo de su maletín, al cual le había quitado la funda negra.

—¿Habéis hecho copias?

—Claro que no —replicó él.

—Bien. Mis niños están al corriente de todo, así que no hay cuidado. Mientras tanto, sé cómo comunicarme con uno de nuestros colaboradores de la policía italiana, que ya nos facilitó los informes completos sobre lo sucedido en el aeropuerto… Y lo que voy a pedirle ahora es mucho más fácil: no creo que tenga ninguna dificultad en enterarse dónde está hoy de servicio el valiente *giallo* llamado Martino Carosone. ¿Qué hora tienes, mi amor?

—Las nueve treinta y dos.

—Tenemos tiempo —susurró Brigitte—. Mucho tiempo.

* * *

A las ocho y media de la noche, el agente soviético Mihail Novorov se apeó del taxi en el cruce de Vía Appia Pignatelli y Vía Dell'Amore, ya prácticamente fuera de Roma, en el extremo Sudeste de la capital italiana.

Despidió el taxi, encendió un cigarrillo, y fue mirando un tanto inquieto, alrededor. El lugar no era tranquilizador, desde luego, rodeado de vegetación, con escaso tráfico automovilístico, y, al parecer, ninguna persona en las proximidades.

Tan sólo dos minutos más tarde, apareció el coche, lentamente. Las luces se apagaron, se volvieron a encender, se apagaron, y destellaron rápidamente dos veces… Mihail Novorov dejó caer el cigarrillo, lo aplastó con un pie, y luego fue hacia el coche. Segundos después, se sentaba junto a la bella muchacha de rubios cabellos que estaba al volante, a la que contempló con curiosidad, a la escasa luz del salpicadero.

—¿Baby? —sonrió.

—Hola, Mihail.

—Es usted sorprendente en verdad. Y no lo digo sólo por su capacidad para cambiar de aspecto. Lo del Albergo Colombo fue un viejo truco, pero lo hicieron bien.

—Espero que no me guarde rencor —rió ella.

—Aún no lo sé —murmuró Novorov—. Supongo que si me ha citado aquí, utilizando la radio que le entregué es porque tiene algo que proponerme, que quizá alivie un poco mi amargura.

—Espero que así sea, Mihail. Vamos a hacer un corto viaje, a cuyo final tengo algo muy interesante que proponerle. Pero, si algún coche nos sigue, las cosas irán muy mal.

—He venido solo. Sin trucos de ninguna clase. Mi radio está cerrada, no llevo emisoras para que mis compañeros me localicen… En fin, estoy jugando limpio.

—Gracias. Bien, pues en marcha.

—¿Puedo saber adónde vamos?

—Lo sabrá cuando lleguemos.

—De acuerdo. Respecto a esa proposición suya… ¿se refiere a aquella de índole personal?

—Ch, ésa es otra. Y de ella puedo hablarle ahora en electo —la rubia conducía con gran atención, sin mirar al ruso para nada—. ¿Sabe usted que hace unos meses comencé a organizar en la CIA una llamada Sección Pax?

—No… Claro que no lo sabía.

—La Sección Pax, que se irá desarrollando bajo mi exclusiva dirección, tiene un objetivo muy concreto: solucionar, por la vía amistosa, o cuando menos pacífica, todas las cuestiones que puedan tan siquiera rozar el desequilibrio de esta relativa paz mundial de que disfrutamos. Básicamente, los asesinatos están prohibidos. Es decir, que, para conseguir un objetivo señalado por la CIA la Sección Pax puede hacerlo todo menos matar. Por ejemplo, si el Presidente de un país no interesa a la CIA, no se ordena su eliminación más o menos elaborada y con visos de accidente: se le desprestigia, se le convence para que presente la dimisión, y cosas así. Nada de muertes.

—Muy interesante. ¿Eso es posible?

—Contando con hombres como usted, sí.

Mihail Novorov se quedó mirando, estupefacto, a la bellísima rubia.

—¿Me está proponiendo que trabaje para la CIA…, en la Sección Pax? —exclamó.

—Sí.

—Por San Basilio… ¡Usted me está tomando el pelo!

—No, Mihail. Tenga en cuenta que no le estoy proponiendo que traicione a Rusia, en modo alguno. Jamás he hecho a nadie una proposición de esa clase. Simplemente, le invito a que con su modo inteligente, pacífico y razonable de actuar, se adhiera a la Sección Pax, a mis órdenes. Ordenes que sólo se referirán a intervenciones en las cuales se trate de salvar vidas humanas, y, por supuesto, sin que ello pueda dar lugar a posteriores perjuicios para nadie. Ni siquiera para Rusia. Sólo se trata de que si yo, en determinado momento, preciso un colaborador en Rusia, que me ayude a evitar asesinatos pueda contar con usted.

—¿De verdad está hablando en serio?

—Completamente en serio. En realidad, aspiro a que dentro de unos años, la Sección Pax sea un organismo independiente, con personal de todo el mundo, dedicado a evitar que las cosas se

solucionen por la vía de la violencia… ¿Ha matado alguna vez, Mihail?

—Sí —musitó el ruso.

—Yo también… ¿No es horrible? A medida que pasa el tiempo, a medida que voy envejeciendo, me pregunto, cada vez con más reproche hacia mí misma, qué derecho tenemos las personas a disponer de las vidas de otras personas… ¿Nunca se ha hecho esa pregunta?

—Sí.

—¿Se da cuenta? Usted es la clase de personal que yo preciso para mi Sección Pax. Podríamos…

—Espere un momento. Mire… La idea es buena…, parece buena. Pero no voy a decirle ahora mismo que acepto. Esto es sorprendente y desconcertante para mí. Baby.

—Lo comprendo. Y no tiene por qué darme una respuesta ahora. Piénselo. Todo el tiempo que quiera. Si decide aceptar, envíe una simple nota a la Central de la CIA, a mi nombre, citándome donde más le convenga.

—¿Acudiría usted? ¿Confiaría en mí?

—Naturalmente.

—Fantástico… Le aseguro que pensaré en su proposición. Respecto al asunto actual…

—El asunto actual se resolverá cuando lleguemos a destino, Mihail. Lo único que quiero decirle ahora sobre esto es que lamento mucho que tuviésemos que disparar contra dos de sus hombres: los que salieron del coche cuando escapábamos del hotel.

—No eran rusos —sonrió secamente Novorov—; eran albaneses. Naturalmente, trabajaban para el servicio secreto chino, y estaban allí a ver qué podían conseguir. Debían conocer a Marya Czapok y a Antonin Stefan, y, cuando los vieron escapando, debieron pensar que sería muy conveniente apoderarse de ellos…, para conseguir el archivo de Mikulas Czapok.

—Me alegro de qué no fuesen rusos, pero, de todos modos, lamento que muriesen… ¿O no murieron los dos?

—Sí, los dos.

—Lo siento de veras.

—Tengo entendido que no fue usted quien disparó, sino el hombre que la acompañaba… ¿Quién es él?

—Un agente de la CIA, claro.

—Ah. ¿De veras? Bueno, de todos modos, supongo que no debe pertenecer a su Sección Pax.

—Pertenecer a la Sección Pax no significa que uno deba dejarse matar, Mihail.

—Eso me tranquiliza —sonrió el ruso—. ¿Tardaremos mucho en llegar a ese sitio al que vamos?

—Algo más de media hora, calculo.

* * *

Cuarenta minutos más tarde, el coche se detenía delante de la casita, cuyas luces estaban apagadas. Pero a una señal de los faros del coche, alguien encendió luz en la casa, y Mihail musitó:

—Le advierto que voy armado. Si esto es una trampa…

—No diga tonterías. Le explicaré cómo están las cosas. Ahí dentro hay tres de mis compañeros de la CIA. En estos momentos, después de haber encendido la luz y abrirnos la puerta, están saliendo por la ventana de la cocina. Cuando nosotros vayamos a la casa, ellos vendrán al coche, y me esperarán aquí. Con esto, evitamos que usted los vea, actitud que espero que comprenda.

—Sí. ¿Qué haremos nosotros en la casa?

—Un trato favorable para los dos. Vamos: ya deben estar esperando que entremos en la casa para venir ellos al coche.

—Eso quiere decir que yo me quedaré solo en la casa, sin vehículo, para regresar a Roma.

—En primer lugar, no estará solo. En segundo lugar, no tengo la menor duda de que usted resolverá ese problema.

La rubia salió del coche, y Mihail Novorov la imitó. Fueron a la casa, cuya puerta, en efecto, estaba abierta. Ella la empujó, y entró delante del ruso. Segundos después, entraban en el saloncito, y, en seguida, Mihail Novorov quedó petrificado por el asombro, mirando a Marya Czapok y a Antonin Stefan, los cuales, a su vez, le miraron con expresión desorbitada.

—¡Todavía están aquí! —exclamó Novorov—. Creíamos que ya se habían…

—Forman parte del trato —dijo la bella rubia de los ojos verdes —: yo se los entrego, Mihail.

# Capítulo X

Mihail Novorov dirigió su mirada a la rubia, incrédulo.

—¿Me los entrega? —exclamó—. ¿Por qué?

—¡Usted no puede hacer eso! —gritó Antonin Stefan—. ¿Qué clase de trampa nos ha tendido? ¡Dijo que iba a buscar los medios para que pudiésemos escapar de Italia, y se presenta con…!

—Señora Czapok: ¿me permite que les explique mi plan a los tres?

—¡Su plan no puede…!

—Cállate —farfulló Stefan, en inglés—. Calla, Marya. Deja que hable.

—Gracias, Antonin —sonrió Baby—. Les aseguro que todos saldremos ganando. Y los más beneficiados serán ustedes dos, no les quepa la menor duda. ¿Le interesa esa maleta, Mihail?

Mihail Novorov, que estaba mirando la vieja maleta colocada en un sillón, desvió lentamente la mirada hacia la divina espía.

—¿Es el archivo? —musitó.

—En efecto. Es suyo. Puede llevárselo a Rusia.

Mihail Novorov palideció. Marya Czapok y Antonin Stefan miraban con expresión incrédula, desconcertada, casi desesperada, a la asombrosa mujer de la CIA.

—¿Puedo… llevarme el archivo de Mikulas, Czapok? —jadeó Novorov.

—Sí. Pero con una condición: que se lleve también a Marya Czapok y a Antonin Stefan. Esperen, esperen —hizo un gesto apaciguador a los dos checos—, déjenme terminar. Veamos… Afuera, en el coche, me están esperando mis tres compañeros. ¿No es cierto, señora Czapok?

—Sí… Sí. Bueno, ellos han salido cuando…

—Eso es. Yo sólo tengo que dejarles a ustedes tres aquí, con el archivo, y marcharme en el coche con mis compañeros. Por mi

parte, pues, asunto solucionado, bien entendido que Mihail dará las órdenes oportunas a sus colaboradores de Roma para que la situación quede normalizada, y nadie nos complique la vida. ¿De acuerdo, Mihail?

—Sí… De acuerdo.

—Hablemos ahora de ustedes tres. Si Mihail fuese a Moscú sin el archivo de Mikulas Czapok, lo iba a pasar muy mal, seguramente. En cuanto a ustedes dos, es cierto que la CIA les ayudaría en todo lo que pudiese, pero, tarde o temprano, los rusos los encontrarían… ¿No es así, Mihail?

—Desde luego.

—Entonces, hagamos las cosas bien. Lamentablemente, no vamos a poder resucitar a Mikulas Czapok, pero sí podemos evitar que mueran más personas en este asunto, con lo que yo conseguiré mi objetivo: el archivo no me interesa, ahí lo tiene; es suyo, Mihail. Mi verdadero objetivo consiste en evitar muertes en lo posible. Entonces, si usted regresa a Rusia con el archivo y con Marya y Antonin, diciendo que ellos mismos prefirieron entregarse a usted que escapar con los americanos, todo terminará bien para todos. Usted será felicitado, y ellos podrán vivir tranquilamente en Rusia, sin el temor de que en cualquier momento alguien vaya a matarlos.

—Me parece —susurró Novorov— que estoy comprendiendo muy bien cómo funciona su Sección Pax. Pero me pregunto si es usted sincera. Puede muy bien haber fotografiado el archivo de Czapok, y, por lo tanto permitirse esta magnánima jugada.

—Yo no he fotografiado nada. La maleta fue traída dejada aquí, y no se ha vuelto a tocar. Pregúnteles a ellos. ¿Alguien ha abierto la maleta durante mi ausencia, Antonin?

—No —susurró el checo.

—Entonces…, ¿la CIA no tendría de ninguna manera, conocimiento del archivo de Mikulas Czapok? —entornó los ojos Novorov.

—Claro que no —negó Marya.

—Lo cual. —Novorov sacó de pronto su pistola, y apuntó al pecho de Baby— sería el fracaso total para nosotros, ¿no es así?

—¿Qué hace? —retrocedió un paso Baby—. Mihail, ¿qué… qué está haciendo…?

—Usted y su maldita Sección Pax —gruñó el ruso—. ¡Maldita

sea su estampa, ha podido llegar a estropearlo todo!

—Pero… pe… pero… pero no comprendo… ¡Le estoy entregando el archivo, le…!

—¿No lo comprende? Pues se lo explicaré: este archivo ha sido confeccionado por la MVD, con el único y exclusivo propósito de que llegue a la Central de la CIA.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Pero es el archivo de Mikulas Czapok, el que ustedes están buscando, el que…!

—¡Cierre la boca, maldita sea! Tengo que arreglar esto, coma sea…

—¡Pero si está arreglado! —gimió Baby—. ¡Mihail, está…!

—No es posible que sea usted tan ingenua —cortó secamente el espía soviético—. ¿De verdad no lo comprende? El contenido de esta maleta está preparado para que llegue a la CIA. Eso es, precisamente, exactamente, lo que queremos. Y para ello, hemos sacrificado a Mikulas Czapok y a Norman Hayes… ¿Sorprendida?

—Quizá… quizá empiezo… a comprender…

—Eso resulta más convincente en usted —asintió Novorov—. No sé cómo demonios voy a arreglar esto ahora. ¡Por culpa de su estúpida generosidad, me he metido en un buen lío! Tengo que encontrar una solución, y pronto. ¡Y vosotros ayudadme, pensad en algo!

Baby miró un instante a los dos checos, que también la miraban hoscamente.

—¿Ellos también forman parte del plan de la MVD?

—Por supuesto. Hace algún tiempo que Marya y Antonin son amantes: Mikulas les estorbaba. Todo estaba de tal modo que la MVD decidió poner por fin en práctica el plan tan largo tiempo estudiado. Se decidió utilizar, sacrificar a Mikulas Czapok. Se confeccionaron unos documentos que se le atribuyeron a él, se inventó lo de ese archivo. Y se envió la maleta a Roma, a la Estación Termini. Por supuesto, ninguno de nosotros debíamos estar por allí, había que hacer las cosas de modo que, tras unas convincentes dificultades, la CIA consiguiese la maleta y se la llevase a Estados Unidos. Todo ha ido bien, y ahora, lo inesperado: usted, que me entrega a estos dos y la maleta.

—Parece que eso le ha desbaratado su plan, Mihail.

—Oh, encontraré alguna solución, ya verá…

—¿Qué contiene exactamente la maleta?

—Documentos que probarían que algunos senadores y militares de alta graduación de Estados Unidos estuvieron trabajando en Estados Unidos para nosotros, en el sentido de impedir la intervención directa o indirecta de Estados Unidos durante la invasión de Checoslovaquia por parte de las tropas del Pacto de Varsovia. Más de treinta hombres de alta significación política y militar de su país están relacionados en el archivo de Mikulas Czapok. Se menciona su intervención específica, y las cantidades que el servicio secreto ruso pagó a cada uno de ellos…

—Eso es mentira.

—Desde luego. —Novorov sonrió, mirándola con curiosidad—. Naturalmente que es mentira. Pero en Moscú hay un plan destinado a desprestigiar a esos treinta norteamericanos, en el país y en todo el mundo. Son treinta hombres… básicos, que queremos quitar de en medio. Y ya ve usted: en cierto modo, lo hacemos como si fuésemos la Sección Pax.

—No. Ustedes han asesinado a Mikulas Czapok y a Norman Hayes.

—Es cierto. Pero Norman Hayes, que últimamente estaba trabajando para nosotros…

—Mentira. Trabajaba para senadores y militares de…

—Siga —sonrió Novorov—. ¿Qué iba a decir?

—Nada… Nada.

—Me parece que sí va comprendiendo. En efecto: Norman Hayes fue contratado por la MVD, y se le encargó una misión muy determinada: introducirse en determinado grupo de personajes de la política y la milicia norteamericana, simulando trabajar para ellos directamente, pero, en realidad, haciéndolo para nosotros facilitándonos información. Lo que Norman Hayes no comprendió nunca fue que, desde el principio, estuvo destinado al sacrificio: lo que nosotros queríamos era que la CIA supiese que Hayes trabajaba para esos personajes norteamericanos. Así, cuando se supiese que Norman Hayes había asesinado a Mikulas Czapok, se relacionaría esta acción de Hayes con los hombres a cuyo servicio está alternadamente. Esto sería sorprendente… hasta que a la Central de la CIA llegase el archivo de Czapok. Entonces lo comprenderían todo: los norteamericanos afectados, enterados de que Mikulas

Czapok se iba a pasar a los Estados Unidos con su archivo, tuvieron miedo de verse comprometidos, y enviaron a Hayes a matar a Czapok, con el fin de que no se supiese nunca su intervención sigilosa en las decisiones norteamericanas, cuando la invasión de Checoslovaquia.

—Y a Hayes había que matarlo en seguida. Por eso estaba allí el policía italiano Martino Carosone, que trabaja para ustedes también.

—En efecto. Martino es ahora una especie de héroe…, pero su labor estaba preparada: tenía que esperar a que Hayes matase a Mikulas Czapok, y entonces matarlo a él. Luego, pasó un helicóptero por allí, y, un observador adecuadamente experto tenía que comprender que, alarmados por la tardanza en el regreso, en la fuga de Norman Hayes, algunos auxiliares de él se daban una vuelta a ver qué ocurría… Todo muy bien montado.

—Entonces…, ¿Mikulas Czapok no había traicionado a Rusia en nada? ¿Simplemente, fue… conveniente utilizarlo como víctima para Introducir evidencias falsas en la CIA?

—Sí. Nos pusimos de acuerdo con Marya y Antonin. Ellos no vacilaron en aceptar, simularían escapar juntos de nosotros, se esconderían aquí, nos amenazarían con entregar el archivo de Czapok, si no dejábamos marchar a éste de Rusia. Nosotros simularíamos aceptar, permitiríamos a Czapok llegar a Italia. La CIA tenía que comprender que por nuestra parte era absurdo traer a Italia a Czapok para matarlo. Entonces, ¿qué había pasado? ¿Quién había matado a Czapok? Pues bien: Norman Hayes. ¿Para quién, trabajaba Norman Hayes? Para tales y tales senadores y generales. ¿Qué significaba esto? Solución: contenida en el archivo de Mikulas Czapok, mencionando a esos norteamericanos como sobornados por los rusos, como colaboradores nuestros… Todo explicado. Y entonces, expulsión o encarcelamiento de todos esos importantes hombres norteamericanos. Objetivo conseguido.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué eliminar de la vida política y militar de Estados Unidos a esos treinta hombres, tan importantes?

—Eso no lo sé.

—Pero debe haber algún plan ruso, al respecto.

—Claro. Pero no lo conozco. Yo tengo que conseguir que este archivo llegue a la CIA, nada más.

—¿Y Marya y Antonin?

—Oh, ellos, simplemente, habrían vivido juntos y felices por ahí, sin la molestia de Mikulas Czapok. Y cuando el plan nuestro hubiese terminado, habrían vuelto a prestar servicios a la MVD. Digamos que se habrían tomado unas buenas vacaciones.

—Entiendo… ¿De verdad no conoce los propósitos de Rusia, con ese intento de desprestigiar a treinta norteamericanos que pueden influir en las decisiones políticas y militares de Estados Unidos?

—No. No sé nada de eso. Lo que sí sé es que el archivo tiene que llegar allá… Y creo que ya tengo la solución.

—¿Sí? —Baby le miró con gran interés—. ¿Qué solución es ésa, Mihail?

—Les voy a matar a ustedes tres —sonrió Novorov—, y me escaparé por una ventana con la maleta. Luego, como me perseguirán, la dejaré caer, para poder correr más… Es comprensible, ¿verdad? De este modo, consigo mi objetivo de que la maleta llegue a la CIA, y nada menos, habré matado a la agente Baby.

—Todo un héroe ruso —sonrió Brigitte Montfort.

—¿Le divierte esto? —se sorprendió Novorov.

—A ella, no sé —dijo Stefan—, pero a nosotros no nos han hecho gracia tus palabras, Mihail.

—Ya supongo que no os gustará morir, pero… No estoy dispuesto a fracasar, así que…

—Lo que está haciendo es inútil —dijo apaciblemente la bellísima rubia—: un extenso microfilme ha salido ya hacia Estados Unidos, revelando el contenido del archivo de Mikulas Czapok, pero, con la nota por mi parte de que es falso, y que nuestro Gobierno tenga especial cuidado con todo cuanto ocurra, de aquí en adelante, que haga referencia a los norteamericanos que se mencionan en ese microfilme, ya que, posiblemente, se tenderá una trampa contra ellos o relacionada con ellos. Está perdiendo el tiempo, Mihail.

—¿Pretende asustarme ahora? —sonrió el ruso—. Usted no ha tocado el archivo, así que…

—Yo, no, en efecto. Pero sí lo ha hecho Número Uno. Antes de traer la maleta, todo su contenido fue microfotografiado, y Número Uno me explicó lo que había estado leyendo en esos documentos,

mientras un amigo suyo iba tomando las fotografías. Eso me hizo sospechar algo poco claro. Recordé la muerte de Mikulas Czapok, la muy oportunísima muerte de Norman Hayes en el mismo aeropuerto, el hecho de que Marya y Antonin estuviesen juntos en una *suite* con una sola cama… Llámelo intuición. Pero, claro, con la intuición no basta, así que el día de hoy, Número Uno y yo lo hemos dedicado a persuadir a Martino Carosone, el valiente policía que mató al asesino de Fiumicino, de que nos dijese cómo pasaron realmente las cosas. Y el pobre Martino nos lo ha dicho, desde luego. Tan sólo con afirmar que estaba allí precisamente esperando matar a Norman Hayes, y que, desde luego, trabajaba para los rusos, lo hemos comprendido todo, Mihail.

—Está mintiendo —jadeó el ruso—. ¡Está mintiendo!

—Tenía la esperanza de equivocarme con usted —movió la cabeza Baby—. Me gustaría encontrar gente que, de verdad, estuviese siempre dispuesta a resolver las cosas por las buenas. Pero usted, evidentemente, no es de esa clase de personas, ya que está incluso dispuesto a sacrificar a Marya y a Antonin…, a los que, de todos modos, habrían eliminado, para asegurarse de su silencio, enviando asesinos a Estados Unidos. También, pasado un tiempo prudencial, habrían asesinado a Martino Carosone… ¿Cierto. Mihail? ¿O va a decirme otra vez que estoy mintiendo?

—En esto, no. ¡Pero usted no puede haber sospechado la verdad, no es posible!

—Se lo voy a demostrar.

Brigitte Montfort batió palmas, y, en el acto, la puerta del saloncito que daba al pasillo que conducía a la cocina se abrió con violencia, y un hombre entró precipitadamente… Mihail Novorov se volvió hacia allí, y disparó contra el hombre, que cayó de rodillas, gritando… Alzó el rostro hacia Novorov, y éste se estremeció, quedó lívido como un cadáver: aquel hombre que había entrado era Martino Carosone, en efecto… Tenía señales de golpes en todo el rostro…, y una profunda sensación de angustia en su mirada: el asesino había sido asesinado. De pronto, Carosone acabó de caer, de bruces, y sólo entonces Novorov comprendió la definitiva verdad.

Giró un poco más hacia la puerta por la cual Martino Carosone no había entrado, sino que había sido empujado por alguien. Alguien que estaba allí, mirándole fríamente con sus ojos

negrísimos, con la pistola ya alzada, llevándole ventaja… Mihail Novorov gritó de rabia, quiso aumentar su velocidad, disparar contra aquel hombre…

Plop.

La bala disparada por Número Uno dio en la frente de Novorov, que dio un salto increíble, soltando la pistola, y cayó hacia atrás, de cabeza. Eso fue todo.

—Me parece —dijo fríamente Brigitte— que hemos estropeado un maquiavélico plan soviético, cuyos propósitos nunca conoceremos. ¿Qué vamos a hacer con esta pareja de puercos, mi amor?

—¿Quieres que los mate?

—No sé. La verdad, así, tan fríamente.

—¿Los mato o no?

—Pues…

Antonin Stefan lanzó un rugido de furia, y saltó de pronto hacia Brigitte, pasando tras ella y rodeando el hermoso cuello con un brazo, gritando:

—¡La pistola, Marya, la pistola!

Marya Czapok saltó como un autómata hacia la pistola que había sido de Mihail Novorov, cayó de rodillas junto al arma, la tomó, y se volvió hacia Número Uno…

Plop.

La viuda de Mikulas Czapok se estremeció, respingó y sus desorbitados ojos quedaron fijos en el impávido Número Uno, que acababa de meterle una bala en el corazón… Y así murió Marya Czapok; arrodillada, con la imagen de Número Uno en sus desorbitados ojos.

Mientras tanto, Antonin Stefan se estaba llevando la última sorpresa de su vida: creyendo que podía controlar perfectamente a aquella muchachita rubia, y amenazar a Número Uno con romperle el cuello a ella si no dejaba caer su pistola, no tuvo tiempo de nada más. De pronto, recibió el codazo en un costado y respingó; recibió otro codazo, en el otro costado, y aflojó la presión en el cuello de Brigitte… Muy poco, pero suficiente para que la espía pasase rápidamente su brazo derecho entre su garganta, y el brazo de Stefan, apartándolo. Pero sólo un poco, porque, en seguida, su mano izquierda asió la muñeca derecha del checo, y su brazo

derecho pasó por la cara exterior de ese mismo brazo, que quedó, definitivamente, bajo la axila de Baby. Ésta giró hacia su izquierda y, lanzándose hacia el suelo, arrancando por el aire a Antonin en un terrible makikomi que tuvo consecuencias funestas: en su brutal contacto con el suelo al ser arrastrado por el sutemi, Antonin Stefan quedó con la cabeza rota y desnucado…, mientras la rubita se ponía en pie tranquilamente.

—¿Qué te ha parecido el makikomi, mi amor? —preguntó.

—¿Tienes algo más que hacer aquí?

—No. Pero podríamos…

—Entonces, vámonos.

—Sí, mi amor. Lo que tú digas, mi amor.

La señorita Montfort se acercó adonde había dejado su maletín rojo con florecillas azules, lo tomó y se dirigió hacia la puerta, seguida por Número Uno.

Afuera, en el porche, estaban Simón I y Simón II, ambos tensos. Al verlos aparecer, Simón I sacó el pañuelo, y se lo pasó por la frente.

—¿Podemos proceder a hacer nuestra parte? —graznó.

—Desde luego. —Brigitte le besó en ambas mejillas, y lo mismo hizo con el otro espía—. Adiós, Simón. Adiós, Simón. Gracias por el champaña, el caviar y los pasteles italianos.

## Este es el final

—¡Bueno…! Yo creo que todo ha quedado muy limpio, mi amor. ¿No te parece?

Número Uno miró hacia todos lados de la jaula donde tenía sus palomas mensajeras, y encogió los hombros.

—Psé.

—¿Cómo, psé? —protestó la divina airadamente—. ¡No puedes decir eso, después de que llevo toda la mañana ayudándote a quitar excrementos de este lugar!

—¿No te gustan mis palomas? —La miró él, con el ceño fruncido.

—Pues… Oh, vamos, mi amor, qué tontería… A mí me gusta todo lo tuyo.

Número Uno la miró inexpresivamente. Estaban los dos dentro de la jaula, ciertamente no muy limpios, pero, en cuanto se refiere a Brigitte, tan deliciosamente encantadora como siempre. Tenía las manos sucias, tiznes en la cara y en los viejos pantalones de él, que se había tenido que poner para aquel menester, arrollando las perneras… Para Número Uno, el mundo era, en aquel momento, un lugar muy pequeño: un simple palomar. Allí tenía todo lo que amaba en el mundo. Lo único que amaba realmente en el mundo.

—Supongo que debo creerte —susurró—. Bien: hemos terminado.

—¿Ya? ¿De verdad? ¡Estupendo! ¡Ahora podemos dedicarnos a besarnos, ya…!

Se había colgado de su cuello, pero Número Uno hizo un gesto para apartarla.

—Estoy sucio —dijo.

—No me importa.

—Entonces…, estás sucia tú.

—Pues báñame… Cógeme en brazos, llévame a tu bañera, y

báñame y perfúmame a tu gusto.

Número Uno la tomó en sus brazos, y salió del palomar, hacia la casa, bajo el refulgente cielo lleno de sol, con el mar a la vista, el aire primaveral cargado de aromas…, en el que flotó la susurrante voz de la agente Baby.

—Cuánto te amo, mi amor…

**FIN**